

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Autres temps mêmes mœurs.

OCHO DIAS DE REINADO

6

LA VERDADERA HISTORIA DE MASANIELLÓ.



Giuseppe Basilo (taglia topi) el matador de ratas, segun el cuadro original de Vischer.
25 de Julio de 1853.

TOMO XI. 19

III.—HISTORIA ANTIGUA Y MODERNA.

(Continuación.)

Subió en él con el prior de la Rocella y otros dos señores, y mandó le condujesen hacia la iglesia de San Luis, situada á poca distancia. Las oleadas del pueblo estrechaban de tal modo el carruaje, que andaba sin tocar al suelo como un buque balanceado por la tempestad... las espadas y las picas brillaban á cada instante en las portezuelas... mas allá se divisaba un horizonte de ballestas y arcabuces. Un gesto ó una palabra, y el virey era asesinado ó fusilado... ya algunos miserables que se habían subido en los estribos, le tiraban de los bigotes y le desgarraban el vestido, y cayeron de él monedas de oro de que se había provisto para la fuga... aquel incidente fué una revelación para él... agarró la moneda y comenzó á arrojarla á puñados por las dos portezuelas del coche... Los mas altaneros se la devolvían con injurias, pero los menos delicados (que eran la mayor parte), se precipitaron sobre aquel botín inesperado. Entonces quedó vacío algun espacio, y el coche pudo llegar á la iglesia, en donde el duque se refugió y atrincheró.

Sin embargo, una bala que salió del palacio hirió á un sublevado; la multitud lanzó un grito de rabia y penetró en la mansion real; degolló á cuantos españoles encontró al paso, destruyó todo lo que pudo haber á las manos, arrojó por los balcones los muebles y los espejos, é hizo pedazos las colgaduras, y por último, colocando en una silla el cadáver del desconocido, le paseó por los arrabales gritando: *á las armas*, y sirviendo de bandera á la ya indomable sublevación. (Duque de Rivas, tomo I, pág. 68.)

En vano los últimos defensores del virey procuran protegerle en la iglesia de San Luis; no se libró de la muerte en aquel asilo violado, sino huyendo á pie con un sol abrasador, á la elevada fortaleza de San Telmo. En vano el príncipe de Bisignano entró en el Carmen, tomó un crucifijo, y en nombre del Dios de paz rogó encarecidamente á los rebeldes que se tranquilizaran... solo se salvó fingiendo que iba á dar órdenes, y llegando á pie al fuerte de Castel-Nuovo, á donde hizo trasladar al duque de Arcos, la guarnición española, los magistrados y demas funcionarios. En vano el cardenal arzobispo Filomarino, y los teatinos y jesuitas recorrieron las calles con el crucifijo y velas encendidas.

—Volved á vuestros conventos, padres, les gritaba la multitud, y puesto que no salisteis ayer para librarnos de la esclavitud, no salgais hoy para impedir nuestra independencia.

Y prosiguiendo su marcha destructora, el populacho abrió los calabozos y soltó á los malhechores. Solo respetó la cárcel de la Vicaría, porque había sido la habitación de Carlos V, glorificado por todos como por Masaniello. En seguida saqueó las casas de los armeros, é hizo volar una en que opusieron resistencia, cuyos escombros sepultaron cien cadáveres. Saqueó también la casa del opulento Vogliano, tesorero del impuesto sobre las harinas, y formó una inmensa hoguera con sus muebles, pinturas y toda especie de riquezas... «Y viendo que un pobre diablo retiraba de las llamas una moneda, le castigó inmediatamente, gritando en alta voz que no se trataba de robar, y que los ladrones serían ahorcados.» (Giraffi.—Santis.—Rivas.)

IV.—LAS MÁSCARAS LEVANTADAS.

En medio de tantos desórdenes la noche avanzaba, y ofrecía la estensa Nápoles un aspecto espantoso, dice el duque de Rivas; aquella inmensa multitud armada ya en gran parte, ocupaba las plazas en masas separadas. Largas columnas recorrían las calles, vigilaban los fuertes, la plaza y las puertas de la ciudad. De todas partes salían gritos furibundos, vivas, amenazas, y circulaban mil absurdos rumores, mil noticias falsas y mil proyectos para el día siguiente. Aquí, el resplandor de los incendios enrojecía los edificios: allá se oía un tiro de arcabúz, cuyo autor permanecía tan desconocido como la víctima; mas lejos se apoderaba de un grupo un terror pánico, y huía esparciendo la consternación por todo un barrio. Los ricos, blanco del odio general, se aprovechaban de la oscuridad para escaparse, unos solos, y otros seguidos de sus familias atemorizadas, abandonando sus hogares, sus intereses y sus tesoros. Algunos se refugiaban alrededor de las ciudadelas; otros, aunque en corto número, consiguieron á fuerza de oro embarcarse en la costa, pero la mayor parte se marchaban por tierra, y se ocultaban en las alquerías y en los bosques.

Nada revelaba todavía el pensamiento que dirigía la insurrección. Pero había llegado la hora en que aquella debía quitarse la máscara. La plaza del Mercado era el cuartel general de los rebeldes. Masaniello permanecía allí con su hueste, pero todavía no había ejercido ninguna autoridad nominal, aunque había tomado parte con una actividad prodigiosa y una audacia inaudita, en los acontecimientos mas graves del día. Hacia la media noche se presentaron en la plaza cuatro personajes enmascarados, del número de los que vestidos con el traje talar y las capuchas de las cofradías, se habían visto en todos los puntos fomentando la sedición. Uno de ellos se levantó la mascarilla, y dejando ver á la claridad de la luna y de las antorchas que era el sabio Giulio Genovino, llamó la atención general y dirigió una arenga á la multitud. Insistió fuertemente en que el grito del pueblo fuese: *viva el rey de España, y muera el mal gobierno*, porque no se trata, dijo, de arrebatarse al rey su corona y soberanía de Nápoles, sino únicamente de poner coto á la injusticia y á la rapacidad de sus ministros y delegados (excelente medio para que los mismos moderados abandonasen al duque de Arcos, y para proporcionar al de Guisa el tiempo necesario para acudir á darle el último golpe). Terminó su elocuente discurso manifestando la urgente necesidad de nombrar un jefe supremo, que regularizando los esfuerzos de todos, dirigiese la insurrección de modo que la asegurase fecundos resultados... Las palabras del oráculo de Nápoles produjeron una viva impresión en la multitud, que por instinto comprendía ya la necesidad de ser mandada hábilmente y con valor. Palumbo, Perrone y sus compañeros se entendieron con Genovino, y comenzaron á pronunciar el nombre de Masaniello, porque conocían su intrepidez y esperaban dominar su ignorancia. La tentativa tuvo el resultado mas lisonjero, y la adhesión popular fué rápida é instantánea, porque acababa de saberse la fuga del príncipe de Bisignano, y la traslación del virey al fuerte de Castel-Nuovo. Volvieron á fermentar nuevamente los ánimos, las masas se movieron y desencadenaron, las campanas del Carmen y de las demas torres aumentaron el espantoso rui-



do, los grupos con antorchas encendidas cruzaron la ciudad en todas direcciones: el griterío, el desorden y la confusión llegó á su colmo, y Masaniello fué proclamado jefe universal, supremo y omnipotente del pueblo de Nápoles. (Duque de Rivas).

V.—¡POBRES MARIAS!

¿Que era de la puzzoliana, que aguardaba en la casa de Amalfi?... Había pasado una hora, dos, todo el día en la ventana, con su mirada fija en el golfo; y luego, como su ansiedad se iba comunicando á toda la familia, su hermano marchó á Nápoles al anocheecer, mientras que sollozaba con sus padres: el festín estaba abandonado...

Y al día siguiente muy tarde, cuando vió volver solo al mensajero, y la anunció que Nápoles se había sublevado contra el duque de Arcos, y que su marido acababa de ser nombrado rey del pueblo insurreccionado, la pobre mujer creyó que la casa se desplomaba sobre su cabeza, con todos sus sueños de amor y de felicidad, y exclamó en alta voz:

—¡Socorrednos, Virgen santísima del Cármen!... y cayó desmayada en los brazos de su familia, entre los restos diseminados y las marchitadas flores del banquete.

En el mismo instante el marqués de Chatillon, arrojando su bolsa al batelero mas intrépido de Nápoles, le encargaba alcanzase á fuerza de vela al navío que llevaba á María de Arcos y su madre, y las intimara que volviesen, en nombre de la salvación de su marido y de su padre, sitiado en el fuerte de Castel-Nuovo por los napolitanos insurreccionados...

VI.—EL MATADOR DE RATAS (*taglia topi*).

Detrás de los personajes que se disputaban el dominio de Nápoles con el encarnizamiento que hemos descrito; detrás del virey duque de Arcos, que quería acabar con las últimas franquicias, y embolsarse el último escudo de los italianos; detrás de Genovino, que quería derribar al duque de Arcos y presidirla sumaria; detrás de Masaniello que anhelaba desterrar las gabelas y comer las frutas á muy corto precio, y detrás del marqués de Chatillon que deseaba derribar al virey y á Masaniello, para robar á María de Arcos y entregar la ciudad de Nápoles á Enrique de Guisa, había un hombre que trabajaba en echar por tierra á todos ellos á un mismo tiempo, como si fuesen castillos de naipes, al duque por medio del pescador, al pescador por el marqués, al marqués por el legista, y á éste por un quinto ladrón que no tardó mucho en darse á conocer... Aquel hombre, mas poderoso que el virey, mas influyente que el jefe del pueblo, mejor instruido que Genovino, mas hábil que Chatillon, y mas rico que todos ellos juntos, no era, sin embargo, mas que un pobre diablo, el último lazarone de Nápoles. Giuseppe Basilo, el *taglia topi* ó matador de ratas.

El pintor Vischer ha trazado su retrato con mano maestra, por lo que no tenemos mas que copiarle con la pluma, como aquel dibujante lo hizo con el lápiz. El semblante adusto é indigesto, pero con cierto aire mas franco que maligno, la tez amarillenta y enfermiza, ojos grandes, mirada fija, orejas gruesas, nariz chata, labios abultados con bigote y barba de chivo, una gorra de piel con el pelo erizado, una casaca gris hecha ya girones por el tiempo, calzones negros sobre medias en espiral, un cuchillo de monte

y una canana á la cintura, colocada como una bandolera; una bolsa con dos escudos, en uno de los cuales se veía un puñal entre cuatro estrellas; sobre el hombro, una capa atada con una cuerda, y una rata domesticada; en la mano una muestra de mercancía raticida; á la derecha un perro de pelo áspero y hocico puntiagudo; á la izquierda un muchacho armado con una jaula colocada sobre un palo con ratas muertas colgando y otra viva encerrada.

Tal era en medio de la anarquía el verdadero rey de Nápoles, y he aquí cómo.

Para los habitantes, Giuseppe no era mas que el *taglia topi*, que vivía de la venta de varios artículos al pormenor en la plaza del Mercado, y de su caza en grande en las casas y en los sótanos á veinte *scudi* por cada centenar de cabezas: mas para los gobernadores de Nápoles, ya hacia quince años que aquel hombre era el espía mas hábil, el agente mas activo, y el instrumento mas útil de la administración. Conocedor de todos los rincones y escondrijos de la ciudad como de su bolsa ó caja para las ratas, se introducía sin infundir sospechas en los palacios y en las chozas, sabía todas las escaleras y subterráneos, se aprovechaba de la confianza, ó mas bien de la indiferencia universal, para escuchar las conversaciones y adivinar los pensamientos de cada uno, se apoderaba de los secretos como el gato de los ratones, sin aparentarlo, y en una palabra todo lo sabía sin que nadie se apercibiese. Basilo era para el virey, con quien conferenciaba todas las noches, lo que la policía y los telégrafos son para los gobiernos de hoy día. Con esa inmensa superioridad, y con la apariencia de un pordiosero fiel é imbécil, hacia de su ciencia y de su oficio, el pérfido é ingenioso tráfico que vamos á ver. Giuseppe era un Maquiavelo cubierto de andrajos y despreciado, es decir; el mas fuerte y el mas peligroso de los Maquiaveles.

Así fué, que en cuanto el virey estuvo en seguridad en Castel-Nuovo, antes de pasar revista á la guarnición, ni de consultar á los funcionarios y magistrados, se encerró solo en su gabinete, tocó un resorte que hizo sonar una campanilla lejana, y la figura del *taglia topi*, saliendo de los subterráneos del fuerte, apareció en un cuadro dorado, en lugar de una Virgen de Rafael.

—Tenias razon, Giuseppe, le dijo el duque: Nápoles estaba minado como una ratonera, y hubiera debido abandonar esta ciudad como tú me aconsejabas... pero ahora es necesario permanecer y vencer á toda costa... Dame cuenta de tu caza desde ayer.

—¡Ah! ¡jamás he atrapado tantas ratas! dijo Basilo sacudiendo sus calzones ó greguescos. (En su lenguaje de espía llamaba ratas á los secretos).

Y refirió todo lo que ya saben los lectores; el rencor de Genovino, su complot con Chatillon, sus manejos con el pueblo y Masaniello, y en fin, la elección de éste para jefe de la rebelión.

Tuvo cuidado de exagerar los hechos de manera que mantuviesen al duque en la ansiedad, porque de ese modo le inducía á tomar y seguir sus consejos.

—Pues entonces, Giuseppe, me encuentro entre dos volcanes: todo está perdido, ¿qué he de hacer?

—Vos lo sabeis mejor que yo, monseñor... no me toca á mí enseñar á un hombre de Estado! (la grande habilidad del criado consistía en persuadir á su amo que ideaba por sí mismo todo lo que le indicaba). Las ratas se comen unas á

otras con mucho gusto, sobre todo cuando se las sitia por hambre.

—Ya comprendo, respondió el virey, tú interceptarías la entrada de provisiones en Nápoles.

—Con una buena guardia en las barreras, y una buena galera en la rada.

—Mis fuertes y mis cañones la defenderán bastante.

—¡Por Dios! me olvidaba de los fuertes y de los cañones; pero vuestra alteza que piensa en todo, no descuidará el gran punto de introducir la division entre las ratas.

—¡Revelar á Masaniello el proyecto de Chatillon!

—No; (contestó Giuseppe que se reservaba utilizar aquel medio); eso seria trabajar en provecho de los franceses. En los primeros arrebatos de su furor, el pueblo preferiria entregarse á ellos antes que á vos. Obrareis mejor, monseñor, quitando á Masaniello el único apoyo que le haria vencer, la grande y verdadera fuerza de Nápoles, la nobleza. Yo he cazado entre los Bisignano, los Maddaloni, los Toraldi, los Satriani, y todos los príncipes de la Chiaja, y todavia permanecen neutrales... titubean... pero la causa popular los incita. Ayer lo visteis en Bisignano.

—Es verdad: es preciso indisponerlos con el pescador.

—Impeliendo éste al crimen y á la locura. Ya lo adivinará todo vuestra alteza... mas sin embargo, le prevengo que no es cosa muy fácil... aconsejado por Genovino, el incendiario se contiene y adquiere una calma formidable... Ya, en medio de los nobles, en la plaza del mercado, parece un rey rodeado de sus ministros. Respeta la bandera española y el busto de Felipe IV, y convierte contra vos solo los gritos y las armas... juzga, organiza, manda, y mantiene el orden. Si continúa desempeñando ese papel hábil por espacio de dos dias, los señores en masa van á darle la mano.

—¿Pues cómo hemos de hacerles odioso ese hombre?

—Ese hombre tiene una muger á quien adora, y que el pueblo va á buscar á Amalfi, para traerla en triunfo á Nápoles. Prevenid ó evitad esta ovacion, monseñor, haced que arriben á la esposa esta misma mañana, y las venganzas del marido aterraran esta noche á la nobleza.

—Ya habia pensado en ello... pero ¿cómo contener después el torrente?

—Siempre con la muger... quedará en vuestras manos como un rehén, y amenazando esa cabeza querida, desarmareis á Masaniello.

—¿Y si no le desarmo, y lo lleva todo en Nápoles á sangre y fuego?

—Ahogareis el fuego y la sangre... en agua.

—¿Qué quieres decir?

El matador de ratas se quedó pensativo, revolvió su gorra entre sus manos, y aproximándose al oído del duque como si las paredes pudieran escucharle:

—Monseñor, replicó con una sonrisa extraña, ¿qué os importan algunos palacios incendiados, y algunos nobles muertos? Toda ruina italiana es un pedestal para vuestro poder; no teneis que economizar mas sangre que la española, ni temer mas fuego que el de la pólvora. Pues bien, dadme veinte minadores por tres dias, y en ese plazo vuestros soldados serán invulnerables, porque sereis dueño de Nápoles.

—¿Y aun del fuerte de San Telmo y de los arrabales?

—He dicho de todo, y me explicaré, prosiguió Basilo señalando los subterráneos de donde salia. Este, que es el mas

elevado de Nápoles, comunicaba en otro tiempo por una punta con el mar, y por la otra con todos los subterráneos de los fuertes. En mi niñez he hecho cacerías de tres leguas por inmensas galerías. Para preservar la pólvora del agua se han cerrado precisamente esas comunicaciones... Si las haceis volver á abrir secretamente....

—¡Ya estoy! ¡ya estoy! exclamó el duque entusiasmado de ese modo corto las municiones á mis enemigos.

—Haciéndome seña de que dé vuelta á una llave, concluyó Giuseppe con un gesto iniciativo... La mar invade los almacenes, y al frente de vuestros cañones cargados hasta la boca, los rebeldes no tendrán ni un grano de pólvora seca...

—Eres un hombre de ingenio; dijo el virey, entregando al taglia topi un puñado de oro, y una orden para los minadores de Castel-Nuovo.

—A vuestra alteza es á quien nada se escapa, respondió humildemente Basilo, guardándose en el bolsillo el oro y el papel.

—¡Y que no se me escapará ahora! añadió apretando los puños, cuando la trampa le volvió á conducir á los subterráneos.

VII.—LA JUSTICIA DEL VIREY.

Giuseppe habia dicho la verdad... para devolver á Masaniello su muger abandonada por la rebelion, todos los pescadores del golfo, reuniendo su escuadrilla empavesada con flores, fueron á buscar á Amalfi á la puzzoliana, á quien ya llamaban la vireina de Nápoles. Para que nada faltase á la pompa de su entrada, la habian mandado de antemano un traje régio, arreglado al famoso retrato de Enriqueta de Inglaterra, por Van-Dyck, con la selería, encajes y joyas encontradas en el palacio del virey.

Acercábase la hora señalada para el regreso, y toda la poblacion aguardaba regocijada en la orilla del mar. Habíase dispuesto un carro triunfal para conducirla por medio de la ciudad... y cien jóvenes habian de tirar de él elegantemente ataviados, y rodeados de todas las jóvenes del puerto con vestidos blancos.

En medio de aquella magnificencia, Masaniello, de pie y pensativo, formaba un contraste singular por hallarse con las piernas desnudas, el pecho descubierto, un gorro encarnado en la cabeza, con calzones de lienzo basto, y la camisa remendada y adornada con la cruz del Carmelo.

De repente se oye un grande vocerío, y vuelan por el aire los sombreros... aumentase la afluencia del pueblo... y el sonido de las campanas se mezcla con el estruendo de las descargas de fusilería.

—¡Hela ahí!... he ahí á la vireina... honor á la señora Aniello. El corazon del pescador latia con tanta violencia, que se le veia levantar su tosco traje.

Sus miradas, que se extendian mas que las de los otros, le hicieron divisar el primero, sobre el golfo inundado de luz, un grupo de barcas que se adelantaban en efecto hacia Nápoles. A medida que se iban acercando se distinguian las banderolas y las guirnalda de flores, y en la barca del centro una muger vestida de blanco, cuyos adornos brillaban con las joyas.

Volvieron á comenzar los gritos que llegaban hasta el cielo.

—Es la vireina... gloria y prez á la vireina...

Pero de repente Masaniello palidece, vacila é impone silencio con un gesto de terror...

Acababa de reconocer en derredor de la puzzoliana, y todos reconocieron como él, soldados españoles en lugar de los pescadores de Nápoles.

Al mismo tiempo la escuadrilla, apartándose del puerto, se dirigió hacia Castel-Nuovo. El cuñado de Masaniello, que iba atado junto á su hermana, logró romper sus ligaduras; se arrojó al agua, llegó á nado á la orilla, y refirió que los soldados españoles habían llegado á Amalfi antes que los pescadores: que se habían apoderado de la puzzoliana en nombre del virey, la habían obligado por irrisión á que se vistiese el rico traje que la acababan de remitir, y que rechazaba con horror, y que apoderándose en seguida de las barcas floridas que arribaron en aquel mismo instante, se habían llevado á la cautiva á un calabozo de la ciudadela.

He ahí cómo la marcha triunfal se había convertido en un acompañamiento de ignominia.

Para que á nadie quedase la menor duda, los soldados lanzaron á los pescadores esta ironía sangrienta:

—¡Mirad á la vireina! ¡Honor á la vireina de Nápoles!...

Al escuchar aquella narración y al ver aquel insulto, el júbilo del pueblo se transformó en estupor.

Masaniello ya no veía ni oía nada, y por largo tiempo permaneció inmóvil y como anonadado; mas por fin, levantándose con ojos llorosos, con rabia y con delirio:

—A mí, gritó con voz terrible; ¡a mí, Perrone, Palumbo, Vitale, Polito, Annese!... á mí los pintores de la *Compañía de la muerte* (1). ¡A mí todos á quienes he negado el saqueo y el incendio!... ¡Yo les entrego ahora á los españoles y sus partidarios, hasta que nos sea devuelta esa prisionera con las franquicias de Nápoles!

VIII.—LA REVANGHA DEL PESCADOR.

Una hora después se cumplía en la plaza del Mercado la profecía de Basilo. Masaniello, entregado á su furor, no era ya conocido. El consejo y el ejército de los *vengadores* empezaban á desempeñar sus funciones... Sesenta casas figuraban en la primera lista de las víctimas, y las tres cuartas partes de los nobles que habían admirado al pescador, se retiraban armados á sus palacios ó se refugiaban á larga distancia con sus familias... un corto número, y especialmente sus paniaguados, se retiraron con el duque á Castel-Nuovo, porque los demás le creían generalmente perdido, ó que negaba su espada á la causa española.

Dejemos hablar á los historiadores de aquellos días aciagos. He ahí el palacio de Gerónimo Letizia, arrendatario de las harinas, ardiendo con una porción de colgaduras, telas riquísimas y alhajas. La multitud baila y da terribles aullidos delante de las llamas.

—¡Esa es nuestra sangre!... ¡Que todos los que la han chupado ardan en un mismo infierno!... (Giraffi). He ahí los mas hermosos espejos de Venecia, las obras maestras del arte, la vajilla de plata mas admirable, los cofrecillos de

(1) Esa banda ó cuadrilla célebre había sido formada en Nápoles por Falcone, para vengar la muerte de uno de sus parientes, víctima de un español. Todos los artistas jóvenes se habían alistado en ella con Salvador Rosa, el mas eminente de ellos; contábase en ella á Luzzaro, Mico Spadaro, Porpora, Del Po, Coppola, Maslurzo, los dos Francanzano, Vaccaro, padre é hijo, etc.; animados todos del mismo odio, aplicaban á los extranjeros la pena del talion.

perlas inestimables y jardines magníficos, convertidos en un montón de cenizas, en casa del ex-panadero Filipo Basili, en las de los consejeros Angelis y Mirabello, Naclerio, elegido del pueblo, y en los palacios de los duques de Caivano, Ostuna y Lubrano, todos antiguos gabeleros. En aquellas hogueras, esparcidas por todo el ámbito de la ciudad, fueron arrojados vivos los caballos de regalo, las mulas de tiro, los perros de caza, y hasta las gallinas y otras aves. Las madres hacían que sus hijos hacinasen combustibles para prenderlos fuego, y los dueños de aquellos hermosos edificios los veían hundirse entre las llamas desde las alturas de Castel-Nuovo; ¡horrible, pero elocuente lección para los usureros y agiotistas, que ostentan un lujo extraordinario á costa de la miseria pública!...

En medio de aquel espantoso tumulto reinaba cierta especie de orden, y un escrúpulo extraño arreglaba aquellos atentados. El inflexible Masaniello había permitido que se incendiasen todo, pero no que se robase nada. Los malhechores y los mendigos sin pan, arrojaban á la hoguera montones de oro... Solo tres desdichados se guardaron un freno de caballo, una taza y un cuadrado de plata; pero noticiado de ello el pescador, los hizo ahorcar ó apalear. Los retratos del rey de España fueron respetados por los incendiarios, saludados con aclamaciones y colocados para recibir el público homenaje bajo un dosel adornado con lo mejor y mas florido del botín. (Giraffi, Santis, Turris).

Masaniello encontró un medio seguro de reemplazar á los nobles que le abandonaban, atraerse algunos, detener á los que todavía fluctuaban, y de deshacerse de los cobardes y sospechosos. Publicó un bando imponiendo pena de la vida á todo napolitano que en el término de veinte y cuatro horas no se alistase en las banderas del pueblo.

Al día siguiente atacó y tomó con diez mil hombres el fuerte de San Lorenzo, en donde encontró un considerable número de armas y de municiones y diez y ocho cañones, que colocó de modo que enfilasen las plazas de la ciudad. Luego pasó revista á su ejército, que se componía de ciento doce mil soldados, mas ó menos dignos de este nombre. Improvisó un cuerpo de caballería, apoderándose de cuantos caballos pudieron encontrarse, y una artillería de campaña haciendo montar las piezas en carros de dos ruedas... Por último, se rodeó en su cuartel general de una guardia escogida de siete á ocho mil valientes, y continuaba siempre en la plaza del Mercado.

El pescador rey, juez, pontífice y general, aunque cubierto de andrajos, tenía allí su trono, compuesto de un tablado con un dosel, y le acompañaban sus tenientes Perrone y Palumbo, su secretario Marcos Vital y su consejero Genovino. Centralizó con la actividad de un Hércules, y á veces con el genio de hombre de estado y con la elocuencia de un profeta, el gobierno, la policía, el culto, la guerra, la justicia y la diplomacia. Con solo una palabra cortó los pleitos y las cuestiones mas complicadas; cuando titubeaba, fingía que se rascaba la oreja, y el legista le proponía entonces un decreto.

Un día, refiere Santis, un burlón conoció la estratagemas: —Pueblo amado, decía Masaniello, jamás he sido soldado ni juez, mas por vosotros me infunde la ciencia el Espíritu Santo.

—Es decir, el *Padre Eterno*, exclamó el zumbón señalando el encanecido cabello de Genovino.

La multitud irritada dió muerte al blasfemo.

Solo dos nobles, impulsados por el virey, se atrevieron á atacar al ídolo popular: el duque de Maddaloni y su hermano don Carafa. Maddaloni, señor libertino, protector de los bandidos de la montaña, compró á peso de oro la traición de Perrone. En medio de una ceremonia en la iglesia del Carmen, el pescador vió dirigirse hácia el inmenso atrio trescientos aldeanos á caballo y armados; se sobresaltó y quiso rechazar á aquellos desconocidos, pero Perrone le hizo creer que eran unos auxiliares fieles: los mandó echar pie á tierra y los introdujo en el templo. De repente, en el momento en que el dictador se adelantaba con el arzobispo, se oyó la detonación de un arcabúz, y una bala pasó silbando junto á sus oídos.

—¡Infamia!... gritó, y otros cinco fusiles le apuntan y le yerran....

Entonces, mientras Perrone desaparecía, el pueblo, que miraba como un milagro la salvación de su jefe, acometió á los aldeanos y degolló á todos los trescientos, hasta en el mismo pie del altar y en los brazos de los frailes y del prelado. Sus cabezas fueron colocadas sobre una fila de estacas alrededor del mercado, y los cadáveres arrojados á los perros por las mugeres y los niños.

Aquella misma noche nació la famosa tradición, que todavía subsiste entre los napolitanos, de que Masaniello era inmortal, y se encontraba tan evidentemente protegido por la Santísima Virgen, que las balas homicidas se aplastaban en su pecho sobre la cruz del Carmelo. (Giraffi, Turris, Rivas).

El pueblo no pudo prender á Maddaloni, pero encontró á Carafa escondido en un convento. Un carnicero le cortó la cabeza de un solo golpe; otro le mordió el pie que había besado la vispera, y acordándose de que aquel pie había golpeado al arzobispo el día de San Genaro, la multitud llevó los restos con la cabeza del muerto á Masaniello, que la dió golpes con el bastón de mando, tiró de los bigotes de la víctima, y coronando con papel dorado aquella frente lívida, la hizo esponer en la plaza en medio de los trofeos semejantes...

He ahí á donde la embriaguez del poder y de la venganza conducía al pobre pescador de Nápoles, aun cuando tuviese un secreto remordimiento... porque su corazón estaba todavía puro, su espíritu sano, y no podía sofocar la voz que le gritaba en el fondo de su alma: ¡te estraviás, te pierdes en el crimen!... ni olvidar la dulce visión de Amalfi, que se le presentaba al través de la sangre y de las llamas...

Al día siguiente, asustado de la anarquía que él mismo había creado, y convertido el verdugo en justiciero, hizo que se restableciese el orden en su ejército de sicarios... Aunque puso precio á la cabeza de Maddaloni, dejó libres á sus amigos y criados. A un panadero que vendía con peso falto le hizo confesar su delito en la plaza, é inmediatamente le mandó decapitar. Prohibió bajo pena de muerte el uso de capas ú otro trage largo con el que pudieran ocultarse armas; exigió que todos sus partidarios pusiesen sobre sus puertas una señal convenida, que se iluminase la ciudad por la noche, que se encendiesen grandes hogueras en las plazas, que se hiciese acopio de provisiones, se abriesen fosos ó zanjás y se formasen barricadas. Y fué obedecido hasta por el mismo arzobispo, que con todo su clero dejó el trage talar, y por las principales señoras de Nápoles, que

cortaron sus vestidos hasta donde lo permitía la decencia.

Tal era el increíble prestigio de aquel lazzarone de la vispera, que ya no era reputado como un hombre, sino como un enviado de Dios. Muchos le miraban cual un San Juan Bautista, y la prueba de ello se encuentra en una carta original que se conserva en la biblioteca del príncipe San Giorgio.

Sin embargo, había allí un filósofo para quien Masaniello no era mas que un hombre; Basilo, el *taglia topi*, el actor de los cinco papeles.

Ya hemos presentado el primero, pasemos al segundo.

El cazador de los sótanos se trasladó al lado del pescador-rey, cuando éste, abrumado con el trabajo del día, se preparaba á dar algun reposo á su magestad sobre el mezuquino lecho de su miseria; porque aquel singular monarca despreciaba los palacios y la púrpura, y habitaba como siempre en su pequeña casa del mercado.

—Y bien, Giuseppe, ¿has hecho buena caza?

—Eseelente, señor; os traigo una rata soberbia.

Aquel truhan era el espía de Masaniello y del virey: solo que cada uno le creía exclusivamente suyo, mientras que en la realidad obraba contra los dos.

Basilo vendió al pescador los secretos del duque:—escepto el de la pólvora, que guardó para sí mismo, porque ni el virey ni el dictador tenían con que pagar semejante rata.

—¿Conoceis al marqués de Chatillon? prosiguió el *taglia topi* con la actitud de una persona que está en acecho.

—¿El amigo de Genovino, y el enemigo de los españoles?

Le he visto hace dos días, y va á reunirse á nuestras banderas con todos los franceses. ¡Por San Genaro... es uno de los leales!...

—Es traidor, señor.

Masaniello dió un salto como si le hubiese mordido una serpiente.

—¿Un traidor?... ¿y en provecho de quién?... ¿del duque de Arcos?...

—No, en el de Mazarino, ó mas bien en el de Enrique de Guisa. Chatillon se vale de vuestras redes para volver á pescar la corona de los duques de Anjou, abuelos de su primo.

Y Basilo espuso todo el plan de Chatillon, sus intrigas con el embajador de Francia en Roma, y la escuadra de Mazarino navegando á toda vela hácia Nápoles, y al duque de Guisa próximo á efectuar su entrada, bajo pretexto de ofrecer al pueblo el auxilio de Luis XIV.

El espion no ocultó mas que las relaciones de Chatillon con Genovino á quien no quería hacer todavía sospechoso al pescador, y sobre el cual tenía sus miras particulares.

—¡Es imposible!... dijo Masaniello que no podía dar crédito á sus oídos, y ruborizándose de verse hecho el juguete de un extranjero.

—Es la misma verdad, y mañana tendreis la prueba. Los agentes de Chatillon tratarán de atraeros á su causa, y de amotinar al pueblo en favor de la protección francesa...

—¡Ah!... ¡ah!... dijo el dictador con orgullo, eso lo veremos... y luego volviendo á caer desde la exaltación en el dolor.

—Y mi muger, Giuseppe, ¿qué noticias tienes acerca de ella? prosiguió con voz apagada despues de un triste silencio.

—Se encuentra en una hermosa habitación en Castel-Nuovo, y la tratan con consideración y decoro: la han dado la azotea grande para que se pasee; mas al ver que los españoles se burlaban de su traje de vireina, y no habiendo podido obtener otro de sus carceleros, ha desgarrado sus encajes, tirado sus joyas al mar, y se ha metido en la cama exclamando con sollozos:—¡Oh! ¡casita mia de Amalfi!... ¡oh! ¡Masaniello!... ¿qué has hecho?...

El vendedor de pescado se agobió un poco, ocultó su rostro entre sus manos, y dos lágrimas muy gruesas corrieron por sus dedos... Luego, volviéndose a poner erguido, con un movimiento convulsivo, y haciendo brillar a los ojos de Basilo un diamante de valor de veinte mil escudos, salvado de las llamas el día anterior, para pago de su guardia de honor

—Todos esos incendios no me vengan del duque de Arcos, exclamó con amargura. Este diamante para tí, Giuseppe, si me indicas una satisfacción digna de mí...

—Dadme el diamante, contestó el matador de ratas, porque he aquí el desquite.

Y reveló el gran secreto de Chatillon y de la hija del virey: refirió de qué modo la había alejado su padre de Nápoles con la duquesa, y que iba a volver, con la noticia de los peligros del duque, que un mensajero del marqués había participado en el mar a las dos señoras.

—El piloto-mensajero ha vuelto hace dos horas, y María de Arcos desembarcará esta noche al pie de Castel-Nuovo: Chatillon estará en acecho con algunos marineros, pero una falua con veinte hombres puede apoderarse antes que él...

No había concluido Basilo, cuando ya Masaniello estaba de pie, armado de pies a cabeza, se terciaba la capa, llamaba a sus soldados mas resueltos, y corriendo al puerto con ellos, se lanzaba en una falua y se hacia a la mar.

Bien pronto una barca los cruza y los grita en la oscuridad:

—¿Quién vive?...

El pescador reconoció la voz de Chatillon, y respondió poniéndose en pie como una fantasma: ¡Masaniello ¡vuestro amo!... ¡lado al jefe del pueblo!... mañana encontrareis en mi casa a la que aguardais aquí...

A pesar de su estremada sorpresa, Chatillon quiso permanecer, ó por lo menos embarcarse con el pescador.... pero sus marineros atemorizados ganaron la orilla a fuerza de remo.

Una hora después, la galera del virey entraba en las aguas de Nápoles, era tomada al abordage, y Masaniello encontraba en ella efectivamente a la duquesa y a María de Arcos, que condujo antes de ser de día al puerto, y encerró con buena guardia en el fuerte de San Lorenzo.

Luego envió el capitán del buque al duque de Arcos con estas palabras: «Hija por muger, monseñor; si vos teneis un rehen, yo tengo dos, y sus cabezas me responden de la puzoliana... Trataremos del cange cuando gustéis: hasta tanto, voy a pasear dos pescadoras, como vos habeis paseado una vireina.»

Y la salida del sol alumbró una carreta que conducía a María de Arcos y su madre, vestidas con el traje de las mugeres del pueblo, y agobiadas con los ultrajes de la multitud, como la esposa de Masaniello con su vestido régio, había sido el blanco de los insultos españoles....

Durante aquel paseo, un desconocido disfrazado de mu-

ger, se acercó tres veces a Masaniello, y le dijo, que la fortuna le ofrecía una hermosa corona, si quería aceptar la corona de una gran nación.... El pescador reconoció la tentación anunciada por Basilo, y contestó que no ambicionaba otra corona que la de la Virgen, y que después de haber librado al pueblo de los impuestos, volvería a tomar sus cestas, y continuaria vendiendo pescado. En el mismo instante, cien oradores referían de grupo en grupo, que un príncipe francés acudía desde Roma en auxilio de los napolitanos, con cincuenta navios, veinte galeras, y un millon de ducados. Luego, un tal Luiggi del Ferro, partidario decidido de Chatillon, a la cabeza de una turba entusiasta, elevó un trono en el mercado y colocó en él un cuadro con el retrato de Luis XIV, al que Masaniello, sin decir una palabra, substituyó el de San Genaro, con universal aplauso.

IX.—EL DUQUE DE GUIZA.

Durante aquel tiempo, el matador de ratas desempeñaba su tercer papel con el marqués de Chatillon, que le pagaba como el duque y el pescador, y que como ellos le conceptuaba suyo contra todos.

Veinte veces, desde la víspera, el marqués había intentado aproximarse a Masaniello, para conocer sus proyectos sobre María de Arcos, interceder en su favor si se veía amenazada, y sobre todo para volverla a ver y encargarse de su custodia, y otras tantas el dictador se mantuvo en medio de sus soldados sin permitir se acercase a él.

Cuando por fin, Chatillon vió a la duquesa y a su hija paseadas en la ignominiosa carreta, intentó, mas infructuosamente, el llegar hasta ellas, por entre las picas y fusiles que la rodeaban. Echado de calle en calle, y lastimado por aquel valladar de hierro, se volvió hacia el pueblo é invocó su honor y su compasión... Estuvo en inminente peligro de ser degollado como traidor, y eso fué lo único que consiguió en su desesperación.

Entonces fué cuando se volvió a su casa, en la que encontró a Giuseppe Basilo.

—Cómo, exclamó el marqués fuera de sí, ¿cómo ha sabido el pescador el regreso de María, y por qué la impone ese suplicio?...

—El cómo, lo ignoro, contestó el espía con aire de prebidad y candidez; el por qué, se explica por sí solo... Masaniello venga a su muger con la ley del talion... Triunfo por triunfo... nada mas natural...

—Es justo... dijo el marqués; pero eso es horrible...

—Consolaos, replicó Basilo sonriéndose, vuestra hermosa está mejor en casa de vuestro aliado que en la de su padre... Satisfecho Masaniello, os permitirá verla hoy mismo, y vencedor, hará que mañana os case el arzobispo. Por otra parte sois un hombre que no os apurais, y segun imagino, el sentimiento es la menor de vuestras inquietudes... Pues bien, vuestra política tiene mejor éxito que vuestros amores.

—¿Me traes buenas noticias?

—De cerca y de lejos... el pescador ha aparentado rechazar a vuestros emisarios, y quitar del trono el retrato de Luis XIV, pero en el fondo de su alma... cincuenta buques y un millon, no son de despreciar... La multitud ha tenido tiempo de sonreirse al ver el semblante del rey de Francia... vuestro hermoso primo ya es popular.... y en

los arrabales se ha gritado... ¡Viva Enrique de Guisa!....

—¡Dios lo oiga!... ¿pero que hace el mismo Guisa, y cómo no me contesta?...

—Ha salido de Roma y va aproximándose.... he aquí su última carta fechada en Flumicino.

El marqués lleno de júbilo, abrió y leyó el pliego siguiente:

«Querido primo; me fio en tus promesas, y acudo á tu llamamiento.... Antes de ayer subí en el coche con Fontenay Mareuil. He pasado por debajo de los balcones del conde de Oñate, embajador de España, y me he apeado, y hecho oracion delante del milagroso crucifijo de la iglesia de San Pablo, *estramuros*. Allí me despedí de Fontenay y monté á caballo, con mi ejército compuesto de veinte y dos amigos, comprendiendo en ese número tus enviados; mis municiones de guerra, que constan de seis mil libras de pólvora, y mi tesoro real, con cuatro mil doblones de oro.... Ya estoy en Flumicino, á la cabeza de una escuadrade ocho cáscaras de nuez, llamadas aqui faluas... He embarcado en las mas grandes mis tropas y provisiones, y voy, como César, cargado con lo mas ligero de mi fortuna, mi persona y mi ayuda de cámara Canetti.... Hé ahí con que aparato, me lanzo á una seña de tu mano, hacia ese trono fundado sobre una nube, á través de la tempestad y de los cañones españoles. Dentro de dos dias á lo mas, estaré al Sur de la isla de Ischia, en donde esperaré tu aviso para abordar a la tierra prometida. Tus mensajeros reconocerán mi falúa por su pabellon verde é isabela, colores de la futura reina de Nápoles. (1) *Ahora y siempre.*»

ENRIQUE, DUQUE DE GUISA.»

(1) El duque de Guisa aludía á la señorita de Pons, despues marquesa de Bendicourt, tan hermosa que sobrepujaba ó poco menos á La Valliere. Despues de haber pedido en vano la mano de Ana de Austria, y de haberse casado de la noche á la mañana con la condesa de Bossut, Enrique de Guisa habia ido á Roma para pedir la nulidad de su matrimonio, y unirse con la señorita de Pons.

Ademas del talento y de la audacia que manifestaba en su carta, aquel principe era el aventurero mas jovial y hablador de su época. Destinado en un principio, por ser hijo menor, al estado eclesiástico, disfrutaba el arzobispado de Reims, y pingües beneficios de la casa de Guisa. Luego, primogénito de su familia por muerte de su hermano, acumuló la grandeza de principe y las dignidades eclesiásticas, y aventuró y comprometió una y otras en mil locuras caballerescas. Fué de la *liga para la paz universal*, y condenado á muerte, y amnistiado despues de Richelieu, quiso ir á conquistar las Indias con los paladines de Malta, etc., etc.

«P. S. Se me olvidaba decirte que Mazarino y su embajador solo nos apoyan indirectamente... Como esos hábiles políticos no quieren comprometerse, me ofrecen sus buques y sus soldados... á la distancia de veinte leguas, y un millon de libras al contado, para el dia en que mi triunfo no las haga necesarias. Esos ilustres tunos llaman á eso un socorro moral.... ¡Qué inmoralidad!.... No creen en el buen resultado, ya lo veis.... y es preciso obligarlos á que lo crean... Cuando nos hayamos apoderado del pastel se dignarán comerle con nosotros. ¿Qué me importa con tal que me quede la masa y á ti Maria de Arcos?—Habla y obra siempre como si yo. Revase á los napolitanos, la escuadra, el ejército y el dinero de Luis XIV, los cuales, para verosimilitud, van á encontrarse detrás de mí en el golfo.... en observacion... y casi á mis órdenes.»

Esta carta nos dispensa de hacer el retrato de su autor. En ella se descubre el talento, la gracia, el valor, la temeridad, la locura del abate que confundió á los doctores en sus exámenes de derecho civil y canónico; del caballero mas afable, mas ágil y mas brillante de su siglo; del principe que reunia á la ambicion de su raza la galanteria de un Amadis.

Chatillon estaba tan contento, que olvidó por un instante á Maria de Arcos, y despues, viendo realizados de un golpe sus dos proyectos, se dirigió al cuartel general, á donde acababa de llegar Masaniello.

—¡Anda mariposa!... ¡ve á abrasarte al fuego!... dijo el matador de ratas al verle correr á la calle.

(Se continuará.)

No pareciéndole sus aventuras todavia bastante maravillosas, las desfiguraba al referirlas... Hallándose un dia en casa de la señorita de Longueville, con el gran Condé, se puso á inventar una batalla en que habia mandado el ejército de España.—Allí me encontraba yo, dijo Condé, que queria reirse, y me acuerdo de un hermoso joven, con plumas blancas, que montaba un caballo negro, y á quien todos obedecian.—Justamente era yo, contestó el de Guisa con la mayor intrepidez.

Era tan orgulloso, dice Tallemant, que cuando se levantaba, hacia, como el rey, que le dieran la camisa los personajes mas altivos, y una mañana el abate de Retz, la arrojó en la ceniza y le dejó desnudo.

Se purgaba cuando la señorita de Pons se purgaba, se bañaba cuando ella lo hacia, y para que las aguas le produjesen el mismo efecto, se ponía una de sus sayas á vista de toda la corte. No obtuvo la anulacion de su matrimonio hasta 1653, cuando ya habia olvidado á la señorita Pons. Siendo gran chambelan de Francia, se presentó en el famoso Carrousel de 1663, á la cabeza de los americanos, delante ó al frente de Condé que guiaba los turcos.—Enrique de Guisa, último de su raza, murió sin hijos, dejando escritas unas memorias muy notables, que nos han servido para esta narracion.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Puente de Ulla.

UN VALLE DE GALICIA. (4)

V.

EL PUENTE ULLA.

Abandonemos las ruinas de los siglos y los escombros de los hombres. Visitemos el monumento contemporáneo. Apuntemos en nuestra cartera de viaje la descripción del *Puente Ulla*, concluido en 1855.

En la carretera que empalma la vertiente del *Pico Sagro* con la loma del *monte da Burata*, atraviesa el viajero la sólida fábrica de un puente de piedra sillar, cuyos pilares aislados, de veinte y un pies de espesor, han resistido durante algunos años las avenidas del río *Ulla*. Es el lindero

(4) Fragmento de una descripción topográfica y monumental del valle de la *Ulla baja*.

TOMO XI.

entre la provincia de la Coruña y la provincia de Pontevedra. En su centro se ha levantado un marco que divide ambos territorios con una lápida sin inscripción: tal vez espera la antigua unidad del reino de Galicia, ó la subdivisión de nuevos deslindes administrativos.

La decoración que ofrecen los alrededores del *Puente Ulla*, participa de la severidad de las montañas y de la belleza de los valles. Es un diorama de cerros, mesetas, cañadas, iglesias, casas de campo, huertas, prados y sembrados.

La villa de Santa Magdalena del *Puente Ulla*, que lega hasta su embocadura, conserva una pequeña iglesia de estilo gótico. Es un documento arquitectónico de la antigua importancia de la única villa de la comarca: siglos atrás era el hospedaje de los peregrinos y viajeros que se dirigían a las costas cantábricas. Hacia el valle de la *Ulla baja* se adelanta el *paso de San Juan da Cora* y el monte *das Lousas*, cubierto de una lozana vegetación. El monte de *Gun-*

dian se descubre entre las dos vertientes del estrecho, en frente del monte *das Ropas*. Hacia el valle de la *Ulla-baja* se divisan las floridas márgenes del río, y la vega que estiende sus maizales entre emparrados, cedros, alisos y cipreses.

El *Puente Ulla* tiene dos aceras para la gente de á pie, y una espaciosa calzada para los carruages y bestias de carga. A sesenta y cuatro varas castellanas sobre el nivel del mar, alcanza trescientos pies castellanos de longitud y veinte y dos de latitud. El arco mayor, rebajado de tres centros, sube á setenta y seis pies de elevacion, y los dos arcos menores, de medio punto, á cincuenta pies. El río *Ulla*, angostado por las prolongadas isletas y floridos itsmos formados por la naturaleza, atraviesan este puente, despues de ser ahondado y detenido en el *paso de San Juan de Cova*. En las mayores avenidas sube el agua sobre su fondo, en la madre del río, hasta treinta y dos pies.

Los aldeanos arrojan una piedra en el santuario de San Andrés de Teixido para la fábrica del nuevo templo: es una tradicion de las peregrinaciones religiosas. Los viajeros tambien arrojan una moneda en el portazgo del *Puente Ulla*: es una exigencia de las públicas subastas.

VI.

ROMERÍAS Y CUENTOS POPULARES.

En los calurosos meses del verano, las iglesias y las ermitas de la *Ulla-baja* multiplican sus festividades religiosas. La devoción equivale al regocijo público: á la misa del patron sucede la *foliada* del soto (1). La misa mayor en los dias de fiesta es una funcion manual, familiar. El coro de la iglesia está vacío: se echa de menos al gaitero. Los aldeanos se acercan al altar mayor á arreglar el alba del sacerdote, á recoger el cáliz, á guardar las vinajeras, á pedir con el cepillo de las ánimas. A la salida de la misa el mayor-domo sube al muro del átrio, y presenta sus bandos de policía rural y de administracion pública, la salida de los quintos ó la retencion de los perros; es el *Boletín* de la parroquia. Tambien anuncia un aldeano la venta de gallinas ó el extravío de corderos: es el *Diario de avisos* de la aldea.

La misa de reliquia ó de patron es anunciada á la víspera por el gaitero, y á la mañana siguiente por el repique de campanas: tiene cohetes, procesion, y baile al medio dia en el crucero mayor. Los mancebos *ganan* (2) á las mugeres, sacudiendo sus castañuelas y removiendo la arena del suelo. Las doncellas dejan sus mantillas de paño, y responden á un guiño imperceptible ó una pisada vigorosa. La flauta y la gaita se persiguen en la *muyñeira* (3), para no lograr una reconciliacion filarmónica. Los aldeanos se agrupan alrededor, sin aperebirse del calor tropical que se desploma sobre sus cabezas. A la tarde vuelven á reunirse bajo los frondosos robles del soto, siguiendo los estrechos senderos de los sembrados, grupos bulliciosos de aldeanos, riendo, cantando, saltando. Es la doble romería del valle: por la mañana al templo, por la tarde al bosque. Despues de la oracion fervorosa la *cántiga* popular (4). Para los habitantes

del valle, una fecha religiosa es un aniversario de familia. El gaitero señala á su antojo el salon del baile. Los ancianos recuerdan; los jóvenes olvidan; los niños escalan los troncos de los árboles ó persiguen las varas de los cohetes apagados, que vuelven al soto. Los giros monótonos de la *muyñeira* se renuevan hasta el anochecer. El baile se deshace al tibio resplandor del *hespero*. El campo no conoce largas veladas para el placer. El trabajo despierta á los aldeanos durante la aurora. Se acuestan cuando se remonta la luna sobre el horizonte. La cestilla de la comida campestre vuelve vacía al hogar doméstico sobre la cabeza de las aldeanas: la *cofia* (1) de la *foliada* vuelve empolvada sobre las trenzas sudorosas de las doncellas.

La romería de un santuario es un solemne holocausto, una ingénua ovacion, una cita religiosa que no olvidan los habitantes del campo. La capilla de los Dolores en *Tomoude* agrupa á su alrededor, en los primeros dias de setiembre, una muchedumbre devota y bulliciosa. Falta templo para la devoción de los romeros; falta atrio para el regocijo de los aldeanos; falta soto para el baile de los mancebos. La romería no cabe en el santuario.

Desde la víspera, el repique de una pequeña campana anuncia la festividad de los Dolores. El valle enmudece para escuchar el tañido de un esquilon. La suave luz del crepúsculo cae sobre la ermita como un velo nupcial; son los desposorios de la religion con la vega. A la incierta claridad del crepúsculo se distinguen grupos misteriosos en los senderos de los maizales, en las veredas de los repechos, entre la espesura de los sotos, á orillas del río, sobre las enjutas tablas de una barca: son familias que cambian sus hogares durante un dia; aldeanos que entretienen con los cantares las horas de la fatiga; romeros que velarán el sueño de la capilla durante las tranquilas horas de una noche de otoño. A la mañana siguiente un numeroso gentío puebla los alrededores de la iglesia. ¿Dónde se esconde el resto del año? ¿De dónde ha venido? ¿Cómo ha llegado antes del amanecer? El trabajo esparce á los aldeanos en las quiebras de las vertientes, en las cimas de las montañas, en los muros inseguros de las pesqueras, en el remanso de los cauces, en la espesura de los sotos, en las veredas de las ciudades: vuelven al hogar doméstico á la madrugada ó al anochecer. La religion, que es para el valle la fé, el sentimiento, el descanso, agrupa á los aldeanos una vez al año en el atrio de la iglesia parroquial ó santuario milagroso.

A la devoción sigue el regocijo. En la cercana robleda descansan sobre carros algunas pipas de vino. Preceden al atrio cestillos de frutas y roscas de huevo. Sobre sábanas blancas se venden escapularios, romances y medallas benditas: lo espiritual mezclado con lo temporal. Los grupos de mancebos, vestidos con sus pardas chaquetas y monteras engalanadas con plumas de faisán y pavo real, se deshacen al desfilar algunos habitantes de la ciudad, caballeros en sus mulas. Las servilletas de las *caravelas* (2) hacen resaltar los vivos colores de los paraguas de algodón. Entre los elevados maizales se distinguen prolongadas hileras de aldeanos: bajo las frondosas copas de los árboles se descubren numerosas comitivas de romeros que llegan á la iglesia, cantando y bailando al son de una flauta.

El sol reverbera sobre la arena sus rayos calurosos. Pa-

(1) Equivale en dialecto gallego á baile campestre.

(2) Equivale á decir: solicitan.

(3) Baile provincial de Galicia.

(4) Cántiga en dialecto gallego y romance antiguo significa canción.

(1) La toca de las aldeanas.

(2) Equivale á la palabra cestas.

san los gaiteros. Se apiñan los aldeanos en el átrio. Cesan las misas rezadas. Los romeros se atascan en la puerta de la iglesia. El esquilon repica, el bombo y tamborillo atruenan, los almuerzos cesan, los diálogos se interrumpen, los cantares se aplazan, las *cofias* se arreglan, se improvisa un altar en la puerta de la ermita, se coloca la efigie de la Virgen de los Dolores debajo del alero de la iglesia. El átrio y el soto se convierten en templo, el templo se convierte en coro, detrás del altar. Las cabezas se descubren. Ha llegado la hora de la misa mayor. Desde lo interior de la ermita se reconoce un numeroso concurso que se precipita sobre el átrio impelido por la corriente de aldeanos que se entumece hasta acercarse al altar. La romería ofrece un espectáculo sublime. Su templo es el campo. Comprende el dolor maternal en medio de una pródiga y exhuberante naturaleza. La encendida arena del suelo no abrasa las rodillas de los aldeanos entregados al fervor religioso. La oración sacerdotal se eleva sobre el altar vaga y lentamente sin el eco de las bóvedas y la trasmisión del viento. Es una festividad religiosa que suspende el ánimo y embelesa la fantasía, ataviada con las galas del valle. Sus cirios son los reflejos del sol, su órgano es el lejano torrente descubierto por el silencio de los aldeanos, su orquesta es el gorjeo de los pájaros, la bóveda de su templo es el purísimo azul del cielo.

Terminada la misa mayor la procesion recorre el átrio de la capilla entre el estruendo de los cohetes, el tañido de la campana y los acordes de gaitas y flautas acompañadas del bombo y tamboril. Los aldeanos acompañan a la efigie de la Virgen con religiosa veneración. Innumerables cabezas siguen con la vista el círculo formado por la procesion al rededor de la iglesia, una muchedumbre apiñada ocupa el átrio, se levanta sobre su muro, interrumpe las avenidas y se extiende por los alrededores. La romería presenta a guisa de jubileo sus fuegos artificiales. Ya han llegado al valle los globos aereostáticos y los *purchinelas* de papel y engrudo. El periodismo político del día anterior, es el periodismo en olvido, se aprovecha en distraer los aldeanos. Un general... de fantasía, barrigón y giboso, relleno de pólvora y ensopado en agua ras tiene la debilidad de reducirse a pavesas, a la luz del día, despues de algunos cohetes que se entretienen en alejar la concurrencia. A los fuegos artificiales sucede la *baila* (1) de la mañana; plato de entrada en la comida de los romeros. Entonces se divisan corrillos sentados, de pie, en los sotos, en los portillos, sobre los muros, cerca de las pipas, bajo los árboles, comiendo sobre sus blancas servilletas y corriendo de mano en mano grandes tazas de barro con vino tinto. El encarnado de los *denques* (2) bajo el albo color de las *cofias* y sobre el pardo de los *mantelos* (3) sostiene una graduación pintoresca que presenta anchas fajas de colores, como los frisos fantásticos del fondo amarillo de los maizales. El átrio de la ermita es desalojado por los aldeanos: ha llegado la hora del regocijo. Se sientan sobre el césped, se agrupan bajo los árboles. Los mancebos merodean donde quiera que les llaman los recuerdos de la aldea, los ancianos descansan recostados en los troncos de los robles como los venerables patriarcas de la comarca. Las canciones se cruzan sin conclusion, los gritos se suceden á menudo. Los habitantes del valle son una

familia. Si los celos se despiertan, los odios se olvidan. Si los amores se cambian, las amistades se renuevan.

A la tarde, los aldeanos sostienen la *foliada* en el átrio de la iglesia. Son los hijos celebrando un cumpleaños o día de fiesta delante de su madre. Es la despedida de los habitantes del valle: bailan á las puertas del templo como los antiguos levitas al rededor del arca. La romería revela la distancia á que se encuentra la aldea de la ciudad. En el átrio de la capilla se baila la *muyñeira*: en la cercana era la *schotix* y la *polka-mazurca*. Aquí *mantelos* y *cofias*, allí sombreros de viage y capotas de baños: en el átrio ganando las doncellas para la *muyñeira*: en la era los caballeros banquetas para las damas. El campo se acuerda únicamente de las que bailan; la ciudad también piensa en las que ven bailar. Como acontece en la vida social, la franqueza dura mas que la etiqueta. Desfila el público de la *schotix*, cuando se reanima el público de la *muyñeira*. El sol se traspone. El lento anuncia la salida de la luna. El gentío se desparrama entre la bruma que se remonta orillas del río *Ulla*. Se adivinan las personas que se despiden por el eco de su voz. El polvo de las veredas fatiga los ojos. La arena de las canteras engruesa la niebla. Hachones de paja llevados por aldeanos anuncian la travesía de apuestas *castellanas* que vuelven á sus palacios, en medio de la indecisa oscuridad del crepúsculo. Las cabalgatas espantan á los grupos de aldeanos que se estrechan sobre los muros para abrir paso á los caballos refrenados por sus ginetes. Sobre los álamos y alisos del valle se extiende la niebla como la mortaja de la romería. Los pinos, moviéndose en remolinos, levantan sus enjutas copas y se alejan de los habitantes del campo como quien se arregla para dejar paso á una comitiva numerosa.

He aquí la hora de las tradiciones y de las fabulas. Los hachones mal apagados, las sombras misteriosas y las corrientes del río, preocupan la imaginación de los aldeanos y evocan en las pláticas sostenidas bajo los emparrados, los cuentos populares del calle de la *Ulla-baja*.

Los moros del *Pico-Sagro* traen á beber sus caballos en el-paso de *San Juan da Cova*, por un subterráneo, cuya puerta se adivina entre los escombros, y entúrbian las aguas del río *Ulla*, hasta que se levanta la niebla para agostar los sembrados de los cristianos.

Las brujas celebran el sábado, durante el invierno, en el *Ponte das Donas* y durante el verano en el *Regueiro das Meigas*. A la sombra de los árboles y bajo las losas del puente, esconden sus huesos encendidos y esperan á los galanes que vienen del molino.

Los resplandores de un pantano cuyas aguas presentan el limo verdoso de la descomposicion, descubren á la *esladeiña* (4) que espía en las encrucijadas á los habitantes del valle.

En la torre de la *Barreira* se escuchan confusamente los gemidos de una dama encantada por un gigante que ha deshecho las paredes del castillo y amontonado las rocas de los aluviones para ocultar la puerta de su palacio. Los buhos huyen espantados á su presencia y las piedras de las canteras son abiertas con sus pisadas.

Los aldeanos seducidos por los moros para llevar sus frutos á los graneros fabulosos del *Pico Sagro* se han empobrecido.

(1) Baile.
(2) Esclavinitas de bayeta encarnada que se colocan sobre los hombros.
(3) Sayas de paño.

(4) Genio del mal.

Las doncellas no cruzan al anochecer el *Carballo das Cambas*, sin encomendarse al patron de la aldea, temerosas de ser llevadas por los sembrados, entre los remolinos de viento, al *pozo del Pico-Sagro*.

En las noches de invierno se distinguen barcas fantásticas que atraviesan el río. Genios invisibles mueven sus remos. Acentos melancólicos salen de su enlutado pabellón. Llevan á la orilla opuesta del *Ulla*, los cadáveres insepultos de los moros.

La reina Lupa, señora del remoto castillo del *Pico-Sagro*, se convirtió al cristianismo despues de observar desde la ventana de su elevada torre, como los toros han obedecido á los discípulos del apóstol Santiago, conduciendo hasta el *burgo de los Tamariscos* el cadáver de su maestro. El hilo de su rueca se convirtió en cuerda para la yunta y un dragon alado aplacó su ira á la señal de la cruz.

En la entrada subterránea del *pozo del Pico-Sagro* se encuentran los esqueletos de los cristianos que han llegado hasta sus galerías. Dos gigantes de hierro movidos por un oculto resorte de la puerta, dejan caer sus martillos de bronce sobre las cabezas de los viajeros.

De la comarca ha desaparecido antaño una doncella. Es sorprendida por un encantador y conducida al *pozo del Pico-Sagro* en una litera de cristal. Se vuelve ciega y sorda. Amamanta al heredero del rey moro. No enflaquece ni se estenua: el mágico renueva su vida con la sangre de las

eulebras. Una mañana llega á sus oídos el murmullo del agua. Lleva á sus ojos una gota de este bálsamo y exhala un grito de admiración: recupera la vista. Entonces aparecen en su derredor salas de diamantes, jardines de esmeralda y ventanas de rubies. Danzas fantásticas se celebran en galerías de oro. A su lado encuentra una fuente de plata, en cuya taza un niño deshace las perlas á puñados. En lontananza distingue una puerta de acero. Sus fuerzas se debilitan antes de alcanzarla. De repente se levanta una roca movida por una palanca invisible y se encuentra la doncella encantada en el *paso de San Juan da Cova*, cuando la campana de *Santa Magdalena* tocaba á oraciones. Un grito de espanto brota de sus labios. Enfrente la espera inmóvil el mágico.

—Cegad para siempre, esclama el moro, y los ojos de la doncella son vaciados por las garras de un azor.

La aldeana del valle es la perenne nodriza de los moros del *Pico-Sagro*. Errante y vagabunda en las entrañas de la eminencia, lleva en sus brazos amores ajenos. Ciega, sorda y muda, ha perdido lo que solo se estravia en el dintel del sepulcro: ya no conserva los recuerdos del hogar doméstico. La aldeana de la *Ulla baja* es el espectro de la maternidad. Su presencia esteriliza á las matronas de la comarca.

Bien está, entonces, en el *pozo del Pico-Sagro*.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

FONSECA Y LOS MEDINENSES,

el 21 de agosto de 1520.

I.—ORIGEN DEL ALZAMIENTO.

Tarea sobrado árdua es para nosotros el describir con la minuciosidad que requieren, las escenas de ferocidad y barbarie que en este día se representaron en la ilustre y coronada villa de Medina: aunque pongamos de manifiesto los apuntes históricos y hechos tradicionales que nos han legado nuestros mayores, no tiene nuestra pluma la suficiente destreza para pintar al vivo un cuadro donde resaltan con tan fuertes colores, de un lado, la cobardía, la inhumanidad, el desórden, el robo, el crimen; y del otro, el heroísmo, la lealtad, el desinterés, la fé cristiana y el amor á sus compatriotas: nos lanzamos no obstante á bosquejarlo según nuestras fuerzas, seguros que nuestros lectores nos concederán su indulgencia.

Para comprender los motivos que produjeron el suceso que nos ocupa, debemos retroceder algunos pasos por la senda histórica, hasta tocar la última hora de la gloriosa reina doña Isabel: esta sabia señora habia mirado siempre con la mayor predilección á Medina porque conocia la firmeza y amor de sus habitantes; erigió en colegiata la iglesia de San Antolin; abrió el canal de río Adaja tres leguas para favorecer la población, y en ella dió sus principales de-

cretos (1). El 26 de noviembre de 1504, entre once y doce de su mañana, acabó la existencia esta señora (2), y en la tarde del mismo día, el duque de Alba, alférez mayor de Medina á la sazón, alzó pendones en su plaza proclamando reyes de Castilla, según lo habia ordenado la reina en su testamento, á su hija doña Juana y al archiduque don Felipe de Austria su esposo, quedando don Fernando en su ausencia por gobernador del reino.

Los de Medina fueron quienes primero juraron obediencia á los nuevos reyes, y los primeros que formaron parte las conquistas de Oran y Bujía.

Muere don Felipe y don Fernando, y es llamado á la corona de Castilla y Aragon el joven principe don Carlos hijo de Juana, con la espresa condicion de que gobernase por las leyes de estos reinos, residiendo en éstos estados, y uniendo la firma de la reina su madre á la suya en todos los actos de gobierno.

El cardenal Cisneros que quedó regentando á la muerte de don Fernando, al ver que el principe se detiene en Alemania, le esplica el carácter de sus súbditos y la necesidad de su presencia: al fin viene á su reino á principios de 1518, y hace su entrada triunfal en Valladolid en medio de una

(1) Las instituciones de la órden de caballeria de la Jarra; la de la Santa Hermandad, propuesta por el caballero de esta villa don Alonso de Quintanilla, el cual tuvo en su casa seis u ocho años á Cristóbal Colon hasta que logró interesar á la reina para la conquista del Nuevo Mundo, á que contribuyó Medina, con la mitad de las alhajas de sus templos.

(2) Según unos en el castillo de la Mota; otros, en el convento de Santa Maria la Real: creemos lo primero.

turba de cortesanos flamencos. A los pocos días los principales puestos del Estado fueron ocupados por estos, con menosprecio de la nobleza española. Votan las Cortes al nuevo soberano un subsidio gratuito de seiscientos mil ducados pagaderos en tres años; suma, la mas crecida que hasta entonces á igual objeto se habia votado; y los flamencos sin consideracion á la presencia del rey ni al generoso pueblo castellano, estraen pública y escandalosamente cantidades exorbitantes de dinero para los Países Bajos.

La silla arzobispal de Toledo en sucesion de Cisneros, la ocupa un jóven flamenco de veinte años de edad, amigo de niñez y de estravíos del soberano. La reina Juana es trasladada de la Mota de Medina á Tordesillas, y con el pretexto de que está incapáz para el gobierno se la retiene como una prisionera.

A estos sucesos que iban poniendo en fermentacion los ánimos, se agrega la llegada del conde palatino á la cabeza de los caballeros mas brillantes de Alemania, rogando á don Carlos fuese á Ais-la-Chapelle á celebrar su coronacion de emperador; éste arde en deseos de volver allá, pero dilapidados entre sus favoritos los seiscientos mil ducados que las Cortes le concedieran el año anterior, se ve en la necesidad de exigir nuevos impuestos, pero teme con sobrada razon que no se los concedan, y le dijeron: «Convocad las Cortes, no en Valladolid porque esta ciudad es ya enemiga de vuestro gobierno sino en Compostela: restableced la antigua costumbre y haced que se celebren en la iglesia de Santiago de Galicia. Allí en aquel rincón de España, dominareis esas turbulentas Cortes, y los diputados sediciosos tendrán que hacerse dóciles, cuando se encuentren privados del apoyo de sus provincias.» Así se hizo en efecto, á pesar de varias protestas de Toledo, Salamanca, Valladolid y Valencia que no quisieron mandar sus representantes. Se votó y realizó un subsidio considerable (de doscientos millones de maravedises), y el novel emperador va á Alemania, nombrando en su ausencia un consejo de regencia compuesto en su mayor parte de estrangeros, y por presidente al cardenal Adriano de Utrech (1), hijo de un carnicero de Holanda.

Aquí llegó á su colmo la efervescencia que hacia tiempo dominaba á los pueblos: Valencia se subleva, y su vi-rey obedece á los alzados: Córdoba, Sevilla y Toro siguen su ejemplo yendo furiosos á las casas de sus diputados para castigarlos, lo que no lograron por haber sido estos avisados con tiempo y haberse puesto en salvo. En Segovia sucede lo contrario; su diputado Tordesillas les convoca á un templo para dar esplicaciones sobre los motivos que le obligaron á votar el subsidio; sube al efecto á un púlpito, y no bien comenzó á disculpar su conducta, se ve detenido con los gritos de: «¡Está vendido á la corte! ¡Es traidor á la patria! ¡Muera Tordesillas!» Y sin dejarle concluir, y sin consideracion al sagrado lugar en que se hallaba, es muerto y arrastrado por la ciudad.

El gobernador Fonseca se resiste á los sublevados cuanto le es posible; mas al fin cede, y queda Segovia fuera de la obediencia de los regentes.

Medina del Campo la envia un emisario ofreciéndola su ayuda, y anuncia á los segovianos, que allí han abrazado la causa de la comunidad, y desde aquel día consideran sus

hermanos cuantos siguieran las inspiraciones de los señores Padilla, Acuña, Bravo, y Maldonado, (que eran los que visiblemente fomentaban la revolucion).

El alcalde de corte don Rodrigo Ronquillo, fué contra Segovia con seiscientos hombres; empero regresó á Valladolid corrido de vergüenza, por no haber alcanzado mas que burlas de los segovianos; esto exaspera á la regencia y ordena ir á Medina por su numerosa artilleria.

Sentadas las anteriores noticias (1), pasaremos á trazar las escenas del 21 de agosto de 1520.

II.—COMUNEROS Y REALISTAS.

Muy corto rato hacia que en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, habian relevado los atalayas á los escuchas (2), cuando en todo él, resonaron los gritos de: ¡las armas! ¡las armas! voz, que cundió por toda la villa con la velocidad del rayo: el vigia de la torre del homenaje, habia dado aviso de la aproximacion por el camino de Valladolid, de una fuerza considerable de gentes de armas, y era lo que motivaba la alarma que do quier se sentia.

Bien pronto se reunieron los gefes comuneros para tratar el cómo se recibiria á los que indudablemente pertenecian á la regencia. Eran estos gefes, don Alonso de Quintanilla, presidente y representante de la nobleza; el abad de la colegiata por el clero; Juan Perez de Tavora por el regimiento; Bobadilla, Vera, Peñuelas, Villoria, Mendez, Ontoria y Larez por los gremios.

Diferentes fueron las opiniones; empero prevaleció la proposicion del abad de salir á las puertas de la villa y pedir esplicaciones.

—Indudablemente, dijo, pertenecen á la regencia, salgamos á ellos, y que nos digan lo que de nosotros esperan.

Presentáronse en efecto con algunos sugetos mas, de la nobleza y del pueblo; cuando vieron eran mandados por Antonio de Fonseca y el alcalde Ronquillo, el abad que estaba entonces á la cabeza, les dijo:

—Caballeros, ¿qué objeto os trae á Medina, que veo á vuestras tropas con atavíos de guerrear?

—¿Y qué objeto, contestó á su vez Fonseca, os hace, señor abad, salir con estos hidalgos á nuestro encuentro y no esperais en vuestras casas á que os explique mi venida?

—Mal contestais á mi pregunta, señor Fonseca, sin embargo, no rehusó satisfacer la que me haceis: hace pocos días, se han dirigido á Segovia algunas tropas, (juízo que las que traeis, pues veo con vos al señor alcalde), y cuando se hubieron aproximado á la ciudad comenzaron á hostigarla; Segovia tiene muy fuertes muros y se ha defendido, Medina en un estado muy débil, no podria hacerlo; y si venis á ella con ánimo de ganar los laureles que os quitaron los de Segovia, poca gloria os daria este triunfo, porque no teniendo murallas que corten vuestro paso, cosa fácil os es entrar en la villa.

Poca gracia hicieron á Fonseca las advertencias del abad, pues veia iban llenas de epigramas á él, que era gobernador cuando la sublevacion, á Ronquillo y sus tropas que fueron batidos, así es que replicó con una espresion marcada de cólera.

—Entrar es lo que deseo, abad, y si al recordar á Sego-

(1) Algun tiempo despues, por la influencia, ó mejor dicho por orden del emperador, fué elevado al trono pontificio.

(2) Si se quieren mas pormenores, veanse los números 7.º y 8.º páginas 164 y 179 del Museo del pasado año.

(2) Centinelas de día á los de la noche.

via y mis tropas, fué vuestro intento decirme que los rebeldes han quedado victoriosos, os diré que vengo por vuestra artillería y muy pronto vereis á esos *traidores* castigados cual merecen.

—¿Y con qué orden venis por nuestra artillería? añadió el abad.

—Necesita orden el capitán general de Castilla para pedir á los vasallos de su rey, armas con que apaciguar algunos pueblos anarquistas?

—No es este el lugar, repuso el abad, de señalaros donde existe la anarquía; permitidme solo que os diga, que no habiendo llegado á nuestra noticia el nombramiento del título que os dais, no reconocemos en vos tal autoridad, y que no trayendo una orden firmada por el rey y S. A. la reina Juana, mandándonos entregarla, no daremos la artillería.

—Mirad lo que decís, abad! gritó Fonseca con voz de trueno.

—Repito lo antes dicho, nuestra artillería no saldrá de Medina.

—Os declararé rebeldes y ¡guay de vosotros!

La cuestión iba acalorándose por grados: los vecinos curiosos por saber lo que pasaba acudían en gran porción, y comenzaron á denostar á Fonseca y los suyos cuando supieron el objeto que á Medina les traía.

—¿Quieren ir contra Segovia con nuestra artillería! dijo el regidor Juan Perez de Tabora, y el vecindario contesta á esta voz con las de ¡vivan los segovianos! ¡mueran los regentes! y con ellas continúan marchando al centro de la villa.

El guante arrojado con la amenaza de Fonseca estaba recogido: el choque era ya punto menos que inevitable atendido el carácter irascible del uno y la unión y firmeza de los otros.

—Ya veis como el pueblo recibe vuestra petición, (dijo á Fonseca el tundidor Bobadilla), no entreis porque habrá de saliros mal: mirad, señor, que si no tenemos murallas para cortar la entrada en la villa, tenemos pechos para cerrar el paso del castillo, y antes pereceríamos todos que dejaros llegar á él.

—Pues yo os prevengo que consento morir con todos los míos, primero que dejar de lograr mi intento y castigar vuestra rebeldía.

—No es sino lealtad; traed una orden firmada por S. A. doña Juana, y vereis cuán pronto obedecemos.

—Paso á mis tropas! ¡Soldados, preparaos á tomar el castillo!

—Por última vez, Fonseca, insistió el abad, ¿no retrocederéis ante la ruina de un pueblo, tan renombrado por su antigüedad como por sus nobles hechos?

—No, repitió Fonseca, y seré hasta capaz si se me resiste de reducirle á cenizas.

—Pues bien, se resistirá, y sabremos morir cual otros numantinos.

Dicho esto, se entraron y ordenaron la defensa de la artillería: Fonseca á su vez mandó á sus soldados entrar á sangre y fuego por diferentes calles.

Comenzó una confusión cual no hay ejemplo. Los joyeros y mercaderes después de meter sus inmensas riquezas en las iglesias, para librarlas de la rapacidad de la soldadesca indisciplinada y soez que acompañaba á Fonseca, se aprestaban como los demás gremios á resistir denodadamente el paso del castillo: los soldados avanzan á la plaza haciendo descargas á quemarropa; sin embargo de esto el paisanaje les corta el paso á pedradas y algunos tiros de los que se

encontraban con arcabuces; las mugeres haciendo de cada casa una fortaleza, arrojan á aquellos, ladrillos, pucheros con agua hirviendo y cuantos proyectiles habían á las manos.

Llegan por fin á la plaza, y da Fonseca señales á los gefes para que suspendan el fuego y reciban órdenes: los medinenses abren su pecho á la esperanza creyendo que aquel al ver su resistencia, cedería en su pretension, y mandaría retirar sus tropas. ¡Pensamiento insensato!

El inhumano Fonseca, apoyado con el parecer del vengativo Ronquillo, da orden de (con unas granadas echadas á propósito) *pegar fuego á la villa, que saquen las casas y hagan cuantas tropelías les plazca*, seguro que á su vista los del castillo se entregarían y la artillería sería suya.

¡Horror!... ¡la orden fué recibida y puesta en obra con una alegría salvaje.... infernal!

Principiaron por la calle de San Francisco que encerraba veinte y cinco escribanías; en seguida se esparcieron por toda la villa saqueando las casas mas ricas y pegándolas fuego, violando delicadas doncellas y matando á ancianos indefensos que suplicaban por ellas.

Fonseca, que con unos doscientos hombres signiera batiendo al vecindario que al pronto se replegara hacia el castillo, se ve arrollado por unos pocos que con un valor sobrenatural cayeron sobre él; Ronquillo viene en su ayuda con otros cien hombres; mas los comuneros los acosan, y las mugeres, tan heroicas como ellos, hacen fuego á los soldados, que sacian su sed de oro en los almacenes de brocados: todo esto veía Fonseca; tanta constancia debiera desarmarle; pero al contrario, rojo de coraje aquel monstruo con entrañas de hiena manda arcabucear todos los niños y ancianos que encuentren: los soldados obedecen, y añaden la mutilación de las mugeres cortándolas los dedos y orejas para quitarlas las sortijas y arracadas, y acuchillándolas para desnudarlas mas aprisa....

¡La pluma se nos cae de las manos al trazar tales horrores!....

El fuego en tanto hacia progresos en la parte mas rica de la población: del convento de San Francisco se salva tan solo la custodia; la pelea, la matanza y el saqueo continúan como antes. Ya no saben los comuneros dónde dirigirse á remediar males; unos se ocupaban de guardar las armas que les pedían para ir contra sus hermanos; otros en contrarrestar la gente de Fonseca, algunos en apagar el fuego, y todos en maldecir al tirano, causa de la sangre, de los lamentos y la ruina, en fin, de sus hijos, de sus esposas, de sus padres y de sus incendiadas moradas.

¡Digna escena de corazones templados en el fuego del infierno!

Cuando Fonseca y los suyos se hubieron apoderado de lo que pudieron, tomaron el camino de Segovia, donde esperaban, apoyados del condestable Velasco, que se hallaba en Toledo, presentarse formidables y reducir á la obediencia de la regencia á sus independientes moradores.

III.—LA CARTA.

Calles enteras reducidas á escombros, cadáveres por doquier, llantos de las viudas y huérfanos, ayes de los moribundos, y en todas partes sangre!.... tal fué el espectáculo que á las diez horas de entrar Fonseca se presentó á los desdichados medinenses. ¿Quién á su vista no se posee de la fiera del tigre y mata ó destroza cuanto le es contrario á,

sus sentimientos? Así es que como vierán á tres vecinos de Medina que acompañaran al tirano Fonseca y no evitaran las desgracias acaecidas, apenas vieron los comuneros el fuego algun tanto mitigado, se fueron á casa de estos con ánimo de matarlos: aunque Lope de Vera y Luis Tellez no estuvieran en ellas, fueron buscados y muertos á la salida de Valladolid, donde pensaban huir: pasaron en pos de esto á casa de Gil Nieto (que era el otro realista) y echada la puerta á tierra subieron algunos ciudadanos, que no tardaron en aparecer apoderados de Nieto, frente á los demas amotinados.

—Pueblo de valientes, gritó desde el balcon el que le tenía cogido; ¿qué castigo merece el hombre que viendo amagada la ruina de Medina y sus hijos, no tan solo no acude á su defensa, sino que se une á nuestros enemigos?....

—¡La muerte! ¡La muerte!.... gritaba la multitud levantando sus picas y mazas en alto; ¡que muera el traidor!.... —Hágase vuestra voluntad, tomadle.

Gil Nieto fué arrojado sobre las lanzas de los confederados y en ellas hecho pedazos; sus muebles todos convertidos en ceniza.

Cuando concluyeron estas justicias ya pasaba de media noche: hasta la mañana se procuró la estincion del fuego, lo cual no se logró completamente hasta pasados ocho ú mas dias.

A la mañana siguiente de la quema, el abad y procuradores de la villa escribian á los de Valladolid la siguiente carta (1).

«Los vecinos de Medina del Campo á los de Valladolid, salud:

«Despues que no hemos visto vuestras letras, ni vosotros, señores, habeis visto las nuestras, han pasado por esta desdichada villa tantas y tan grandes cosas, que no sabemos por do comenzar á contarlas. Porque, gracias á Nuestro Señor, aunque tuvimos corazon para sufrirlas, no tenemos lenguas para decirlas. Muchas cosas desastrosas leemos haber acontecido en tierras estrañas, y muchas hemos visto en nuestras tierras propias; pero semejante cosa como la que aqui ha acontecido, ni los pasados ni los presentes la vieron acontecer en toda España. Porque otros casos que acontecieron no son tan graves que no se puedan remediar; pero este daño es tan horrendo que aun no se puede decir.

«Hacemos saber á vuestras mercedes, que ayer martes, que se contaron 21, vino Antonio Fonseca á esta villa con quinientos escopeteros y ochocientas lanzas, todos á punto de guerra. Y cierto no madrugaria mas don Rodrigo contra los moros de Granada que madrugó Fonseca contra los cristianos de Medina. Ya que estaba á las puertas de la villa, dijeron que él era el capitan general y que venia por nuestra artillería. Y como á nosotros no nos constase que él fuese capitan general de Castilla y fuésemos ciertos que la queria para ir contra Segovia, pusimonos en defensa de ella. De manera que no pudiendo concertarnos por palabras, hubimos de averiguar la cosa por armas. Antonio de Fonseca y los suyos, desde que vieron que les sobrepujábanos en fuerza de armas, acordaron poner fuego á nuestras casas y haciendas. Porque pensaron que lo que ganábamos por esforzados, perderíamos por codiciosos. Por cierto, señores, el hierro de los enemigos en un mismo punto heria en nuestras carnes, y por otra parte el fuego quemaba nuestras haciendas. Y sobre todo veíamos delante de nuestros ojos que los soldados despojaban á nuestras mugeres é hijos. Y de todo esto no teníamos tanta pena como pensar que

(1) Sangrador, historia de Valladolid.

con nuestra artillería querian ir á destruir á Segovia, porque de corazones valerosos es, los muchos trabajos propios tenerlos en poco, y los pocos ajenos tenerlos en mucho. Habrá dos meses que vino aqui don Alonso de Fonseca, obispo de Burgos, hermano de don Antonio, á pedirnos la artillería, y ahora venia el hermano á llevarla por fuerza. Pero damos gracias á Dios y al buen esfuerzo de este pueblo, que el uno fué cortado y al otro le enviamos vencido.

«No os maravilleis, señores, de lo que decimos, pero maravillaos de lo que dejamos por decir. Ya tenemos los cuerpos fatigados de las armas, las casas todas quemadas, las haciendas todas robadas, los hijos y mugeres sin tener dó abrigarlos, los templos de Dios hechos polvos, y sobre todo, tenemos nuestros corazones tan turbados, que pensamos tornarnos locos.

«Y esto no mas de pensar si fueron solo pecados de Fonseca, ó si fueron tristes hados de Medina, porque fuera la desdichada Medina quemada. No podemos pensar nosotros que Antonio de Fonseca y la gente que traia, solamente buscasen la artillería, que si esto fuera no era posible que ochocientas lanzas y quinientos soldados, no dejaran como dejaron de pelear en las plazas y se metieron á robar nuestras casas, porque muy poco se dieron de la pólvora y tiros á la hora que vieron de fardeles apoderados. El daño que ha hecho el fuego en la triste Medina, conviene á saber: el oro, la plata, los brocados, las sedas, las joyas, las perlas y las tapicerías que han quemado, no hay lengua que lo pueda decir, ni pluma que lo pueda escribir, ni hay corazon que lo pueda pensar, ni hay seso que lo pueda tasar, no hay ojos que sin lágrimas lo puedan mirar. Porque no menor daño hicieron estos tiranos en quemar á la desdichada Medina, que hicieron los griegos en quemar la poderosa Troya.

«Halláronse en esta romería Antonio Fonseca, el alcalde Ronquillo, don Rodrigo de Megia, Juan de Avila y Gutierrez Quijada. Los cuales todos usaron mayor crueldad con Medina, que no usaron los bárbaros en Roma, porque aquellos no tocaron en los templos, y estos quemaron los templos y monasterios. Entre las otras cosas que quemaron estos tiranos, fué el monasterio del señor San Francisco, en el cual se quemó de la sacristia infinito tesoro. Y ahora los pobres frailes, moran en la huerta, y salvaron el Santísimo Sacramento junto á la noria en el hueco de un olmo. De lo cual todo podeis señores colegir que á los que á Dios echan de su casa, mal dejarán á ninguno en la suya. Es no pequeña lástima decirlo, y sin comparacion es muy mayor verlo; conviene á saber, á las pobres viudas, á los tristes huérfanos y las delicadas doncellas, que antes se mantenian de sus propias manos en sus casas propias, ahora son constreñidas á entrar por puertas ajenas. De manera que haber Fonseca quemado sus haciendas, de necesidad pondran otros fuego á sus famas.

«Nuestro Señor guarde sus muy magnificas personas.

«De la desdichada Medina á 22 de agosto de 1520.»

No fueron sordos los de Valladolid á los clamores de los de Medina; la casa de Fonseca fué demolida y aun se asegura que hasta le arrancaron los cimientos.

IV.—¿QUÉ PREMIO!.... CONCLUSION.

Diez y ocho calles con seiscientas casas, el hospital de San Anton, convento de San Francisco con 2.000.000 de mercaderías en telas de Milan, oro, perlas y otras cosas que

los tratantes habian metido en su sacristia para mayor seguridad, con otras mil riquezas, fueron presas de las llamas. Regulóse el daño en 15.000.000 (1)

Los acontecimientos de Medina precipitaron el levantamiento de Toledo y otras ciudades, así como la organización de la junta que tomó el nombre de santa, en oposición de la regencia.

La suerte fué favorable á los comuneros por algun tiempo: celebraron córtes en Tordesillas bajo la presidencia de doña Juana: Valladolid fué tomado por asalto, y la regencia huyó á Riosco, desde donde mandaba emisarios para que los liberales depusieran las armas; una de las cosas que ofrecian era *resarcir á Medina sus inmensos daños*; empero como la fortuna tras la traicion giró en contra de los comuneros, estos fueron destrozados en Villalar, y aquella desatendida en las diferentes súplicas que al monarca hizo.

Cuantos de Medina se unieron á la junta fueron muertos, y al regidor Perez de Tabora, que huyó á Asturias creyendo

librar de aquella suerte, le buscaron, y traído á Valladolid, fué condenado por Ronquillo á ser decapitado.

Así fué premiado el heroísmo.

Desde nuestra mas tierna infancia hemos mirado con un religioso asombro los gruesos y elevados cortafuegos que existen (negros desde aquella época) en la calle de San Francisco; la vista fija en ellos, pretendiamos columbrar alguna cosa para los demas oculta, y por otra parte el corazon nos hacia sentir que aquellos gigantes de ladrillo tan ahumados é informes, eran los caracteres indelebles de una historia horrible.

Llamando sobre esto la atención de nuestro padre, nos habia dicho:

—Ahí tuvieron sus moradas los primeros mártires de la libertad de España.

¡Cuán agenos estábamos entonces de los arcanos que encerraban tales palabras! Sin embargo, en el semblante que al pronunciarlas presentara nuestro padre, conocimos que aquellos debieron pertenecer á los buenos.

Bien poco tiempo despues, escuchábamos los cánticos de la libertad triunfante en Bilbao; Bilbao que igual á Medina, viera sus casas destruidas, muertos infinidad de sus hijos, pero vencidos sus enemigos. Tres siglos hay de distancia de una era á la otra: la causa debia de ser justa, pues semejante al cristianismo, despues de tres siglos de persecucion se alzó noble y magestuosa con los laureles del triunfo.

SATURNINO GONZALEZ Y REGUERA.



Castillo de Medina del Campo.

ESTUDIOS MORALES.



La cruz del Socorro.

LA HUERFANITA DE RIVADEO.

I.

LA FUGA.

Rivadeo es una villa de España que pertenece á la provincia de Lugo; cerca de Rivadeo habia en 1836 una humilde cabaña habitada por una muger anciana, á quien Dios quiso dejar en el mas completo aislamiento para poner á prueba su resignacion. Esposa de Santiago Plegas, y madre de Antonio lloraba á la sazón la muerte del marido y la forzosa au-

TOMO XI.

sencia del hijo de sus entrañas; un año antes del fallecimiento de Santiago, Antonio tuvo la desgracia de salir soldado; y en su consecuencia partió con sus otros compañeros de infortunios á pagar ése tributo de sangre á su patria y á su reina.

El año de 1836 llevaba Antonio dos años de servicio; la última carta que recibió Juana (asi se llamaba su madre), decia Antonio que era cabo primero, que era muy querido de sus gefes, porque habian admirado su subordinacion y su bizarría en los combates.

Cuando supo Antonio la muerte de su padre, lloró amargamente, porque preveia el lamentable estado de miseria á que se veria reducida su pobre madre, no teniendo apoyo

21

de ninguna clase, ni una persona fiel y allegada que cultivara las pocas aranzadas de tierra que su esposo la había dejado. Con efecto, habiendo tenido que valerse de manos estrañas, para alimentar aquel modesto patrimonio, comenzó desde luego á experimentar la mala fé de los hombres, que lejos de mirar por los intereses de la pobre viuda, solo buscaban los medios de satisfacer su mal reñenada codicia. Juana se vió precisada á malvender aquel poco de terreno con la anuencia de su hijo, y luego que hubo consumido la cantidad de la herencia, no tuvo mas remedio que someterse á la caridad de sus vecinos, porque aunque su hijo era ya sargento segundo, no podia poner su dinero á merced de la voluntad.

En la noche del 2 de febrero de 1836, hallábase Juana sentada á la lumbre, con el rosario en la mano, y su pensamiento en Dios y en su hijo, por el cual rogaba con un verdadero fervor de madre; pero sus sentidas oraciones fueron interrumpidas por dos golpecitos que sonaron en la puerta de su cabaña. La anciana, que no esperaba á nadie á aquellas horas, levantó la cabeza como quien duda, si efectivamente han llamado ó no; los golpecitos se repitieron, y la anciana preguntó.

—¿Quién ha llamado á mi puerta?

—Yo, señora, yo... ábrame vd. por caridad.

Estas palabras, espresadas con un acento infantil que conmovia, sonaron gratamente en los oídos de Juana, la que se levantó lo mas pronto que pudo, y abrió la puerta de su agreste domicilio, con aquella dulce satisfaccion que inspira la beneficencia en los corazones sensibles. Entró una persona cuyo semblante no pudo Juana distinguir por lo pronto. Ambas pasaron al lugar de la fogata, y á la claridad que despedía la chispeante hoguera, vió la anciana con placer á su inesperada huésped, que era una niña pobremente vestida; sus dorados cabellos tan encendidos como la lumbre; sus ojos llevaban en su melancólica mirada la espresion del sobresalto y el abatimiento á la vez; la blancura de su rostro escedia á lo natural, y sus lindas manos tenían aquella forma, aquella dulzura que imprime Rafael en todas las de sus vírgenes. La niña acarició involuntariamente su rizada cabellera; miró á todos lados con inquietud, y preguntó á la vieja Juana.

—¿Vive vd. sola, señora?

—Sí, hija mia, contestó la anciana; pero ¿por qué has llamado á mi puerta á estas horas? ¿Quién eres? ¿de dónde vienes?

La niña abrazó á la anciana, al mismo tiempo que derramaba un torrente de lágrimas y exclamó:

—Señora, ampáreme vd., porque he nacido muy desgraciada.

Juana correspondió á las caricias de la niña, y la mandó sentar á su lado diciendo que se tranquilizara, y segura de que nadie mas que su protectora la escuchaba, y algo repuesta de su temor, habló á la anciana de la siguiente manera:

—Señora, yo me llamo Purificación; hoy 2 de febrero he cumplido trece años.

—Pero ¿de dónde vienes? preguntó Juana.

—Me he separado del lado de mis opresores... me he fugado.

—¿Quiénes son tus opresores?

—Mis opresores, mis padrastros...

La niña miraba á todos lados con recelosa inquietud.

—Yo me llamo Purificación...

—Ya me lo has dicho, hija mia; prosigue, no tengas miedo, decía la anciana colmándola de caricias.

—En el asilo de mi horfandad, me llamaban todos Pura... ó Purita; y me querian mucho.

—¿En el asilo de tu horfandad? preguntó Juana.

—Sí, señora; porque es necesario que vd. sepa, que yo no conozco á mis padres; me abandonaron desde el momento que nací, y me arrojaron...

Pura, no pudo continuar; sus ojos se llenaron de lágrimas, se entorpeció su lengua, y su corazón empezó á latir con violencia.

—No llores, Purita, dijo la anciana; ya he comprendido lo que quieres darme á entender; tus padres te arrojaron á la inclusa, ¿no es verdad?

—Sí, señora... Me aseguraron las señoras del establecimiento, que me cuidaban y educaban, que yo pertenecía á una familia distinguida, pero he cumplido los trece años sin saber aun quienes son mis padres.

—Pero, dime, ¿cómo te encuestras aqui?

—Hace cerca de un año, que se presentó en la inclusa de Sevilla un matrimonio, que manifestó los deseos de tener una niña en quien depositar su cariño, porque no tenía hijo alguno. Me vieron, y desde luego me escogieron... yo creí hallar un padre, y una madre á quien amar también. Lograron sacarme de la inclusa; me llevaron á una casa modestamente adornada; pero donde nada me faltó; me agasajaron, me colmaron de caricias, me ofrecieron un porvenir brillante, y ocho días despues me trasladaron á Carmona. Entramos en una posada, donde ví unas cuantas mugeres, con otros tantos hombres, que saludaron con victorias y aplausos á mis supuestos padres...

—Mirad que adquisicion acabamos de hacer, dijo Pilar, que así se llamaba la que hacia las veces de mi madre.—

«Que muchacha tan linda, respondia otro.» «Es un pajarito que canta en la mano, añadía Remigio, que así se llamaba el que hacia las veces de mi padre.» «Mucho dinero ha de darnos á ganar, interrumpía una de aquellas mugeres.» Por último, señora, aquel mismo dia llegué á averiguar, que las personas con quienes estaba, eran unos titiriteros que andaban de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad ganando la vida con sus ejercicios gimnásticos y haciendo juegos de manos. Partimos de Carmona con direccion á Córdoba. Ya ninguno me contemplaba ni me acariciaba; me trataban con extraordinario rigor. Cuando llegamos á Córdoba, anunciaron sus funciones; empezaron á enseñarme la gimnástica; martirizaban mi cuerpo ocho ó diez veces al dia, y cuando estos ejercicios no salían á gusto del director, me castigaba desapiadadamente. Me tasaban el alimento, me encerraban, me daban latigazos como á un animal, y me obligaban á dormir con Polaco.

—¿Y quién era Polaco, hija mia? preguntó la vieja.

—Polaco se llamaba un perro que llevaba la compañía, que hacia una infinidad de habilidades. ¡Si vd. viera, señora, qué cariño llegué á tomar á este pobre animal! Era el compañero de mis desgracias, el único que las compadecía; yo dividía con él mi alimento, á él le refería mis cuitas, le abrazaba creyendo que era el único ser que me comprendía, y aun se me figuraba que lloraba conmigo. Cuando terminaron las funciones en Córdoba pasamos á Lugo; en esta ciudad hemos estado unos quince dias; hace dos que hemos

llegado á Rivadeo, y anoche supe en la posada que nos alojábamos que teníamos que dirigirnos á Portugal. Esta tarde me dijo el señor Remigio que por la primera vez iba á ponerme á bailar en la marona tirante; la sangre se me heló en las venas cuando me dió esta noticia; el miedo no me dejaba hablar una palabra, y formé el proyecto de fugarme. Hace dos horas que la compañía se entregó á los desórdenes que proporciona un ruidoso banquete; comieron, bebieron, se embriagaron, brindaron en medio de palabras obscenas, y yo aprovechándome de la embriaguez y de la confusión de mis opresores, me he fugado. Salí al campo, tuve miedo á los lobos, vi esta cabaña y me resolví á pedir auxilio en ella. Lo demás ya lo sabe vd. Solo quiero que usted no me desampare, que me liberte de esos hombres y de esas mugeres que no están en gracia de Dios, que me mire como á una hija que desea transitar por la senda de la virtud.

—Hija mía, respondió la anciana compadecida, yo te libertaré de esa gente que ha querido perderte, pero después que te haya puesto á salvo, mira bien lo que has de hacer, porque yo no puedo socorrerte. La Providencia y la caridad de mis vecinos me sostienen... Soy demasiado vieja para trabajar para tí.

—Y yo joven y laboriosa para poder consentir que vd. mendigue su alimento. Me han enseñado á coser, á bordar, á hilar, á hacer flores, á planchar... En fin, sé hacer muchos primores. Yo no me separo de vd.

—Loado sea Dios, replicó la anciana santiguándose, y hágase su santísima voluntad.

La anciana dividió su humilde gergon de paja con la joven huésped, y al amanecer oyeron el ruido de dos carruages, y las voces, los cantos y las imprecaciones de algunos viajeros.

Pura despertó al instante, y dijo abrazando á su anciana compañera:

—Señora Juana, por ahí pasan mis opresores; pedidle al cielo que no sospechen que me encuentro aquí.

Juana y Pura se pusieron á rezar; la gritaría de los saltimbanquis fué apagándose poco á poco, y al cabo de algun tiempo se levantaron para dar gracias al Todopoderoso por haberlas sacado en bien de aquel horrible trance.

II.

LA CRUZ DEL SOCORRO.

La Providencia siempre es compañera de la virtud; su mano benéfica acoge á todo el que se propone marchar por la senda del deber. Juana formó la resolución de mirar á Pura como á su hija, y Pura formó el propósito de contemplar á Juana como á su madre.

Luego que Pura creyó asegurada su tranquilidad, su primera ocupación fué escribir á la rectora de la inclusa de Sevilla, manifestándole el engaño de que habia sido víctima, y haciendo en la misiva una cumplida relación de sus infortunios, y terminaba su epístola manifestando su posición actual, á la vez que aseguraba su ventura, por haber hallado una verdadera madre.

Finalmente, Pura era el orgullo de Juana; se recreaba al verla tan hermosa; el gozo interior que experimentaba la niña resplandecía en su semblante. La cabaña lucía doble-

mente, por el aseo, por el orden que habia impuesto en el menaje, y por último, hasta la anciana parecia rejuvenecerse, contemplando con regocijo aquel ángel salvador que el cielo habia enviado á su morada para alivio y consuelo de sus penas. Pura tenia una voz sonora y argentina, un oído encantador... cantaba como un ruiseñor. Juana solia decirle algunas veces: «Canta, Purita,» y la niña entonaba entonces un delicioso canto que le habia enseñado la rectora de la inclusa. La letra es la siguiente:

No hay elogio, á mí entender,
ni franca sinceridad,
si falta la libertad
para poder reprender.
Quien escucha con placer
una sana reprensión,
recomienda su razón,
porque al fin de la partida,
en la senda de la vida
encuentra su galardón.

Para siempre maldecido
de los hombres y las leyes,
el que aplaudió de los reyes
virtudes que no han tenido.
Diestramente guarecido
por el cauto fingimiento,
disfraza su pensamiento...
¡Teman el terrible daño!
Rara vez el desengaño
da lugar al escamamiento.

Aseguraba la rectora que estas dos décimas se las habia enseñado un cura valenciano, señor muy virtuoso y amigo suyo, y que por ser tan morales las recomendaba para que las aprendiese de memoria. La pobre vieja batía las palmas de gozo, y por lo tanto quiso que la niña fuese conocida de todos los vecinos de Rivadeo. Con efecto, penetró en la villa con ella, todos la besaban, todos la agasajaban, al mismo tiempo que Juana iba proclamando sus habilidades. «Sabe leer, exclamaba, sabe escribir, sabe cantar, sabe hacer muchos primores... y no tiene mas madre que esta pobre vieja.» Propagóse por la villa este incidente; las personas mas principales entraron en deseos de conocer á la huérfana, y desde entonces fué conocida de todo el mundo con el nombre de la *Huerfanita de Rivadeo*.

Las casas mas principales de esta población se portaban el placer de tenerla en su mesa; las primorosas labores que hacia le grangearon una reputación sólida y lucrativa, y la cabaña de la señora Juana llegó á ser con el tiempo la morada de una persona medianamente acomodada.

Vistió Pura el traje del país, y la misma sencillez de la ropa que ceñía multiplicó los atractivos de la virtuosa joven. De vez en cuando recibía Juana carta de su hijo Antonio, en las cuales manifestaba sus deseos de que terminase la guerra para unirse con su madre. De este modo trascurrían los días, los meses y los años, en medio de una tranquila feli-

ciudad, y al par que Pura crecía, se aumentaban también sus deseos de conocer al hijo de su anciana protectora.

Pura escribió un día al militar en nombre de su madre, la que le daba cuenta de su nueva adquisición, del estado floreciente en que se hallaba su casa, merced á la laboriosidad de la huérfana, y esta por su parte consagró también algunas líneas al ausente militar, manifestando su reconocimiento por haber hallado una madre, y sus ansias por conocer al joven á quien se dirigía. Desde este momento se estableció una consecuente correspondencia entre Antonio y Pura; aquel quedaba prendado cada vez más de los sen-

» pueden. Dudan que llegue á recobrar la vista, pero confío
» en Dios y en los ruegos de mi madre y en los de Pura, que me
» devolverá este sentido sin el cual no es soportable la exis-
» tencia. ¡Qué desgracia si yo no pudiese ver los atractivos
» de ese ángel que tiene vd. á su lado, y que tal vez el cie-
» lo destina para mí!...»

Lo mismo Juana que Pura comenzaron á llorar amargamente... A corta distancia de la cabaña había una cruz de piedra, que era conocida con el nombre de la *Cruz del Socorro*. La anciana y la joven se encaminaron á este sitio, y cuando llegaron al pie del sacrosanto signo de la reden-



La vuelta del licenciado.

timientos de la huérfana, y esta de las cariñosas manifestaciones del militar. Pura quería conocer á Antonio, Antonio quería conocer á Pura.

Hay momentos en que la pureza de un azulado horizonte suele empañarse con una nube pasajera... Así la felicidad de estas dos mugeres se turbó por algún tiempo. Recibieron una carta de Antonio que decía: «Querida madre mía: la campaña me ha obligado á dormir una noche al sereno, y he tenido la desgracia de amanecer casi ciego. Estoy en el hospital de Pamplona, donde me asisten lo mejor que

ción, se postró Pura llena de fervor, y rogó con la vehemencia de un alma conmovida para que Dios devolviera la vista á su adorado desconocido. Esto pasaba el año de 1842, es decir, Pura había cumplido los diez y nueve años. Inútil es decir que Juana rezó con la vehemencia de una madre.

III.

EL LICENCIADO.

Todas las mañanas, antes que Pura se entregara á sus

tareas, hacia su peregrinación á la Cruz del Socorro, y regresaba á la cabaña con las lágrimas en los ojos, pero con la esperanza en el corazón. La carta de Antonio fué contestada, y se aguardaba con ansia la respuesta. Juana y la huérfana pasaban las noches hablando del ausente, hasta que llegaba la hora de recogerse. Recibieron algunas cartas de Pamplona, en las cuales iba consignada la mejoría de Antonio; mas últimamente llegó una que las llenó de alegría y de pesar. He aquí su contenido:

—Tendré el consuelo de abrazar á mi querido hijo, decía Juana, pero ciego... ¡Pobre Antonio!

—Tendré el placer de estrechar á mi prometido, exclamaba Pura, yo le veré, él no podrá verme... Pobre de mí... ¡no hay felicidad completa en el mundo!...

Algunos dias despues supieron Juana y Pura que Antonio se dirigia desde Pamplona á Rivadeo; en la misiva donde Antonio participaba esta nueva, iba consignado el dia en que debian llegar, á fin de que salieran á recibirle.



A cuya política demostracion correspondió el recién casado con un saludo militar —Pág. 167.

«Querida madre mia: la mejoría de que hablé á vd. en mis anteriores fué transitoria. Por la letra conocerá vd. que tengo que valerme de otra persona para escribirle; he sido declarado inútil para el servicio y me han licenciado. Pronto partiré para mi país; nos abrazaremos; vds. me verán, yo no podré verlos. Me asegura vd. que Pura es hermosa, la estrecharé en mis brazos y la veré con los ojos del alma.»

Llegó por fin este dia que ansiosamente esperaban las dos virtuosas mugeres. Despertaron muy de mañana, y su primera ocupacion fué oír misa en la iglesia mas inmediata, y seguidamente se encaminaron á la carretera. Juana y Pura sentian su corazón oprimido, caminaban silenciosas, oyéndose de vez en cuando algunos suspiros que revelaban la angustia de aquellas dos almas. Al fin se cansaron y tomaron asiento sobre una peña, y allí fué donde

los dos corazones dieron rienda suelta á sus emociones.
—¿Por qué he de ver á mi hijo ciego? preguntaba la madre llena de aflicción.

Pura estrechaba á la anciana contra su pecho, y sollozaba con ella. Algunas veces se levantaba la jóven y miraba á lo lejos del camino por si algo divisaba: al cabo de algun tiempo distinguió una persona que caminaba con cierta lentitud, y poco á poco fué apercibiendo el objeto con mas claridad, hasta que últimamente pudo conocer perfectamente que el que marchaba hacía ellas era un militar que venia guiado por un perro; el militar llevaba los ojos vendados. Pura lanzó un grito y avisó á la anciana; esta se levantó con la presteza de una jóven de veinte años, y sin el palo que siempre le servia de apoyo, voló precipitada hacia Antonio con los brazos abiertos y exclamando:

—¡Hijo de mis entrañas!

Pura quedó prendada del aire distinguido de Antonio pudo percibir muy bien sus facciones á pesar del pañuelo de tafetan que vendaba sus ojos; por eso fué mayor su pena; por eso caminaba detrás de la afligida madre, cubriéndose el rostro con ambas manos.

La madre y el hijo se abrazaron entrañablemente, y de esta manera permanecieron algun tiempo sin poder articular una palabra. Luego que Antonio fué adquiriendo su primitiva tranquilidad, sintió los sollozos de otra persona y preguntó:

—¿Y Pura, madre mia?

—Aquí la tienes, repuso la madre tomando la mano de la jóven y presentándola al ciego.

—Yo soy, Antonio, dijo Pura acercándose mas al licenciado y cogiéndole la mano.

—¿Qué voz tan simpática Dios mio! exclamó Antonio apretando con efusion la mano que cogia; quisiera tener vista para contemplar la hermosura que mi madre me ha hecho concebir acerca de tu persona; disimula que te hable con esta familiaridad; ¡es tan dulce hablarse de tú!... Debes de ser muy hermosa.

—No tanto como supones, querido Antonio, respondió modestamente la jóven.

—No, Pura, eres hermosa; de otra manera, el cielo no me hubiera negado el placer de verte... ¿Qué desgraciado soy! En fin, dulcifiquemos en cuanto podamos la desgracia que me persigue; procuremos ser felices en medio de nuestra desventura... Nada puedo ofrecerte, porque nada valgo... Un ciego no sirve para nada en el mundo.

Purificación no podia contener su llanto, mas luego que se hubo serenado algun tanto procuró tranquilizar al licenciado dirigiéndole palabras de consuelo, y rogándole que no desesperase de su cura:

—Un feliz presentimiento, decia, me anuncia que sanarás... Dios escuchará mis fervientes súplicas.

Llegó el momento de una cabal serenidad, y los tres personajes reunidos partieron con direccion á la cabaña.

IV.

EL 2 DE FEBRERO.

Mientras mas iba Pura conociendo á Antonio, mayor iba siendo el cariño que le profesaba; era su perpétua compañera, su guía; ella le acompañaba en los paseos que daba por

la campiña; ella le llevaba á la iglesia, en fin jamás se separaba del pobre licenciado, el cual amó á Pura entrañablemente, hasta que llegó un dia en el cual se determinó á pedirle la mano de esposa. Con esto se completaba la felicidad de Pura.

La resolución de Antonio se puso en conocimiento de la anciana, quien contemplaba en esta dichosa pareja el consecuente apoyo de su vejez. La época del casamiento quedó aplazada para el dia 2 de febrero del siguiente año al en que se hicieron tan solemne declaración, y mientras tanto se pasó el tiempo en los preparativos consiguientes.

Cierta mañana tuvo que ir Pura á Rivadeo para recoger una labor de una casa pudiente de la villa, y al salir vió un cartel impreso en una esquina que decia en gruesos caracteres:

Hallándose de tránsito el oculista J. M. de C. ofrece al público sus servicios, etc., etc.

Pura leyó el cartel con extraordinaria atención; enteróse del domicilio del oculista, pasó á verle, le refirió la enfermedad que padecía su futuro esposo, y últimamente, el facultativo, interesado y compadecido de la jóven suplicante, partió con ella á la cabaña para examinar la ceguera de Antonio. Los ruegos de la pobre huérfana habian sido escuchados; la Providencia siempre es indulgente con la virtud cuando esta impetra su patrocinio.

Después que el oculista hubo examinado escrupulosamente la vista del licenciado, exclamó con aire satisfecho.

—Este hombre verá como cualquiera de nosotros.

Juana y Pura lanzaron un grito, y besaron las manos del facultativo con indecible efusion. Enteróse el oculista del día señalado para la boda y añadió:

—Para el dia 2 de febrero tendrá Vd. la felicidad, amable Purita, de celebrar su aniversario y su boda con un hombre de excelente físico y buena condicion, y él contemplará los bellos atractivos de Vd. con su vista natural.

Los habitantes de aquella humilde cabaña no aspiraban á tanta ventura; el gozo se manifestaba en todos los semblantes. Finalmente, el enfermo se sometió gustoso al régimen establecido por el oculista, y Pura comenzó á trabajar mas que nunca para juntar lo necesario á fin de remunerar en lo posible á tan inesperado bienhechor.

El dia 23 de enero por la mañana temprano, sabia el facultativo que la medicina habia ya obrado su efecto; hasta esta época no habia querido que Antonio viese nada. Entró en la cabaña, mandó sentar á Juana y á Pura delante del militar que tenia los ojos vendados, y después de haber practicado una operacion no muy dolorosa para el paciente, humedeció sus ojos con un liquido que traia en un pomito, dejó la habitacion á media luz, y desató la venda al licenciado. Este al pronto no vió nada; pero gradualmente fué percibiendo los objetos que tenia á su lado, hasta que al fin conoció á su madre y la estrechó gritando:

—¡Madre de mi corazón!... ¡Ya veo!...

Después dirigió la vista hacia la derecha, clavó su mirada en Pura y añadió:

—Habla, habla, hermosa muger, para que yo me cerciore de que eres tú el ángel compañero de mis infortunios.

—¡Yo soy, si, soy Pura, tu prometida esposa! Y los amantes se abrazaron.

En seguida manifestaron su reconocimiento al oculista con demostraciones afectuosas de gratitud. Pura presentó

al facultativo sus ahorros hechos á costa de inmensos sacrificios, y que no podia decirse que constituian toda su fortuna; pero el oculista no quiso aceptar nada; antes por el contrario, se comprometió á permanecer mas tiempo en Rivadeo para ser padrino en la boda de tan dichosos amantes.

Todos cumplieron su palabra; el día 2 de febrero de 1844. Antonio era el esposo de Pura, y esta muger legítima de aquel. Las personas mas acomodadas de la villa que supieron tan feliz union colmaron de bendiciones y agasajos á los enamorados cónyuges, y el oculista se despidió ofreciéndose en cuanto valia á aquella honrada y virtuosa familia.

V.

VISITA INESPERADA.

Dos meses habian trascurrido despues del casamiento de Pura y Antonio; éste pensó en ser útil á su casa y á la sociedad y en su consecuencia se ocupó en el cultivo de la tierra, con cuyo trabajo agenciaba un jornal no crecido, pero con él ayudaba al sosten de su casa. Los dias festivos por la mañana tenia costumbre de vestir su antiguo traje militar y dar un paseo acompañado solamente de su perro. En una de estas expediciones matutinas vió á un sacerdote acompañado de un elegante jóven, que montaban dos soberbios caballos. El eclesiástico, cuando vió á Antonio se aproximó á él y le saludó con suma cortesía á cuya política demostracion correspondió el recién casado con un saludo militar. Luego el eclesiástico dirigió la palabra á Antonio en los términos siguientes.

—¿Podreis decirme, caballero, donde está la cabaña en que habita una jóven que se llama Purificación, que es de Sevilla?...

Antonio no le dejó concluir, y contestó:

—Esa es mi muger.

—¿Es muger de vd.?

—Sí, señor.

—Hágame vd. el favor de llevarme á su casa, pues tengo que darle una noticia que ha de agradaarla mucho.

Antonio guió al eclesiástico y á su acompañante á la cabaña. Los viajeros se apearon y saludaron respetuosamente á Pura y á Juana. En seguida formaron círculo en una habitación muy reducida, y el sacerdote, sacando un papel le puso en manos de Pura, diciendo:

—¿Conoce vd. esta letra?

—Es la de la rectora de la inclusa de Sevilla.

—Con efecto, dijo el sacerdote. Esta buena señora me ha indicado el paradero de vd.

—¿Con qué motivo? preguntó Pura.

—Señora, vd. es ya hija de padres conocidos. Hasta hace poco tiempo era vd. solamente la hija de un amor clandestino. Su madre de vd. falleció al poco tiempo de haberla dado á luz, victima del engaño y de la infidelidad de un seductor, que en sus últimos instantes se confesó conmigo, y ha espiado su culpa con un santo arrepentimiento, reconociendo á vd. por hija suya y por consiguiente heredera de todos sus bienes, pues no deja herederos legítimos. Este jóven caballero que me acompaña, es sobrino del difunto padre de vd. que viene á dar fé del hallazgo, pues en caso de que vd. no hubiera parecido á él le correspondia toda la herencia.

El matrimonio y la anciana escuchaban al clérigo con la mayor atencion; el eclesiástico sacó un rollo de papeles, y entregó á Pura el testamento y las credenciales de la herencia diciendo:

—Puede vd. tomar posesion de sus bienes cuando guste. Si quieren vds. pasar á Sevilla, allí encontrarán una sociedad amable, lujosa, donde podrán vds....

—Basta, interrumpió Pura; en este suelo hallé mi salvacion y mi dicha; en este suelo quiero que se aumente; deseo morir en la tierra que me acogió y al lado del esposo y de la madre que ampararon mi horfandad. Por lo demas, cedo desde ahora á este caballero la mitad de la herencia, si mi esposo lo permite, ya que somos tan próximos parientes. El jóven dió las gracias, y aquel mismo dia, en presencia del venerable sacerdote, se hicieron las particiones, y Pura entró en posesion de sus bienes.

Los viajeros partieron despues á Rivadeo, y desde esta poblacion á Sevilla.

VI.

CONCLUSION.

Con el producto de las haciendas de Pura, cuya venta encargaron al sacerdote, Antonio compró tierras en Galicia, y dedicándose á su cultivo, ha ido aumentando su fortuna hasta el extremo de ser hoy uno de los propietarios mas fuertes del pais. Tiene cuatro hijos, y es completamente dichoso, porque ama á su esposa, hace todo el bien que puede á sus convecinos y nada ambiciona.

Invitado repetidas veces para desempeñar alguno de los cargos honoríficos de la provincia, y aun con la candidatura de diputado á Cortes, jamás ha querido aceptar ni ha consentido en dar un paso para salir de su condicion de labrador, porque Antonio, sabe bien que la felicidad no consiste en ambicionar siempre lo que no se posee, sino en contentarnos con lo que poseemos.

I. A. BERMEJO

VARIEDADES.

NUNCA PONGAS TU FIRMA EN UN PAPEL HASTA QUE HAYAS LEIDO SU CONTENIDO. Jacobo VI de Escocia heredó el trono de esta monarquía cuando apenas habia cumplido los diez y seis meses de edad. Durante su minoria tuvo por tutor al célebre Buchanan. A la edad de doce años, Jacobo, habiendo tomado sobre sí el poder real demostró una adhesion tan escisiva hácia los favoritos, y una facilidad en complacerlos en sus peticiones, que Buchanan, alarmado por las consecuencias, apeló á una singular estratagema para convenirle de la imprudencia de semejante conducta.

Presentóse al jóven rey con dos documentos que suplicó le firmara, y Jacobo despues de haberle preguntado ligeramente algo respectó al contenido de estos papeles, instantáneamente los firmó, sin tener siquiera la precaucion de repasarlos. En uno de estos documentos trasferia el poder real en Buchanan por un plazo de quince dias.

Habiéndose separado de la real presencia, uno de los cortesanos se dirigió á él con el saludo de costumbre; pero,

con admiración suya, Buchanan se anunció bajo el carácter de un soberano; y con aquella feliz urbanidad y aquel buen humor que tanto le distinguían, comenzó á tomar las distinguidas maneras que inspiran la soberanía. Después observó igual conducta con el mismo rey, y cuando Jacobo expresó su espanto á vista de tan extraordinario proceder, Buchanan le reconvino por haber resignado la corona. Esta réplica no disminuyó la sorpresa del monarca, pues ahora comenzó á sospechar que su preceptor estaba demente. Buchanan entonces presentó el documento que tan formalmente le investía de tales poderes y con la autoridad de un tutor procedió á recordarle el absurdo que cometía aprobando peticiones de un modo semejante.

(Traducido del inglés.)

MAGNANIMIDAD, CRUELDAD Y VENGANZA. En una guerra entre Miramacha, hijo del emperador Tamerlan, y el bajá de Cascar, el primero cayó prisionero. Sin embargo, el bajá

le dió su libertad, exigiendo por ello solamente la abolición de un tributo que los tártaros habían impuesto á Cascar. En una guerra posterior, el bajá tuvo la desgracia de ser hecho prisionero por Miramacha, quien lejos de imitar su generosidad mandó que le sacaran los ojos.

El bajá era muy esperto en el uso del arco, y aun después de la pérdida de su vista sobresalía de tal manera, que lograba tocar el blanco solo oyendo una voz que partiera de aquel parage. Miramacha, que era también un excelente tirador, dispuso que su prisionero diese en su presencia una señal de su rara destreza. Todo estaba ya preparado, y habiéndose colocado una persona detrás del blanco, mandó al bajá que tirase: éste, sin embargo, replicó, con un aire de ofendida dignidad:

—Yo no obedezco mas órdenes que las de mi conquistador.

Miramacha inmediatamente da la voz, y fué obedecido, pero recibió en su corazón el dardo de su injuriado cautivo.

FRASER. HIST. OF NADIR SHAH.



Antonio, Pura y sus hijos.—Pág. 167.